



Partiendo de la clínica, un recorrido sin garantías

Rasgos perversos en las neurosis.
Claustrofobia en la pareja. Locura familiar

Roberto González



UNIVERSIDAD DEL
ACONCAGUA

Partiendo de la clínica, un recorrido sin garantías

Roberto González

***Partiendo de la clínica,
un recorrido sin garantías***

**Rasgos perversos en las neurosis.
Claustrofobia en la pareja. Locura familiar**



**UNIVERSIDAD DEL
ACONCAGUA**

González, Roberto

Partiendo de la clínica : un recorrido sin garantías : rasgos perversos en las neurosis : claustrofobia en la pareja : locura familiar / Roberto González. - 1a ed. - Mendoza Universidad del Aconcagua, 2026.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-4971-91-3

1. Psicología. 2. Ambiente Familiar. 3. Neurosis. I. Título.

CDD 158

Diagramación y diseño de tapa: Arq. Gustavo Cadile.

La imagen que ilustra la portada es una fotografía del cuadro realizado por Sol Curto y se denomina “En Terapia”

Copyright by Editorial de la Universidad del Aconcagua.

Catamarca 147(M5500CKC) Mendoza.

Teléfono (0261) 5201681.

e-mail: editorial@uda.edu.ar.

Queda hecho el depósito que marca la ley 11723.

Impreso en Mendoza – Argentina.

Primera edición: mayo de 2026.

I.S.B.N.: 978-987-4971-91-3

Miembro de



Reservados todos los derechos. No está permitido reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir ninguna parte de esta publicación, cualquiera sea el medio empleado – electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.–, sin el permiso previo de los titulares de los derechos de propiedad intelectual.

*A mis hijos Lautaro y Azul,
a Claudia,
a mi familia,
a mis analistas, maestros y colegas
a mis pacientes*

Índice

Capítulo 1: Rasgos perversos en las neurosis.....	15
Freud y el concepto de fantasía	15
¿Qué es el goce en Lacan?.....	18
EL Fantasma y los rasgos perversos.....	19
¿Qué hace posible que un sujeto neurótico presente rasgos perversos?	27
La estructura perversa: algunas referencias.....	31
Acerca del sadismo y el masoquismo según Gilles Deleuze....	33
 Capítulo 2: Algunas consideraciones acerca de las neurosis....	37
Las neurosis	38
La neurosis histérica	39
Caso de neurosis histérica.....	44
La neurosis obsesiva.....	46
Caso de neurosis obsesiva	50
La neurosis fóbica.....	52
Caso de neurosis fóbica	54
Acerca de las adicciones en las neurosis	56
 Capítulo 3: Consideraciones acerca de la pareja	61
El Banquete de Platón: amor y odio	61
El amor: entre la repetición y la invención.....	65
Claustrofobia en la pareja: una dimensión clínica.....	66

Capítulo 4: Estructura Familiar Inconsciente. Una mirada a la luz de la época actual.....	73
Definiciones de familia y de Estructura Familiar Inconsciente (EFI)	73
¿Por qué se denomina Estructura Familiar Inconsciente?	75
Características de los lugares de parentesco	77
Transformaciones históricas, revisión conceptual y situaciones contemporáneas	79
Acerca del mito.....	83
La deuda y sus tres registros.....	84
Deuda absoluta	85
Deuda relativa.....	85
Deuda prospectiva	85
Los estragos: materno, paterno, fraterno y filial.....	86
El estrago materno	86
El estrago paterno	88
El estrago fraterno	89
El estrago de los hijos hacia los padres	90
Locura familiar: “ráfaga transitoria”	92
Comentarios finales	97
Bibliografía.....	101

Introducción

Escribir sobre clínica psicoanalítica implica un riesgo, pues no sabemos los efectos que nuestra experiencia hecha palabra puede provocar en quienes nos leen... pues lo hacen desde su propia posición inconsciente. Asumo ese riesgo en este libro, con la intención de compartir conceptos psicoanalíticos articulados con el hacer clínico que no buscan ofrecer verdades acabadas, sino abrir interrogantes sobre una praxis que siempre es incierta.

Mi recorrido en la docencia se remonta a casi cuatro décadas, cuando ingresé en la Cátedra de Psicología Clínica –hoy Clínica Psicoanalítica y Teoría Psicoanalítica III–, en la Facultad de Psicología de la Universidad del Aconcagua, de la mano de la Lic. Gladys Díaz, una gran analista y profesora con vasta experiencia clínica. Su generosa transmisión dio origen a un semillero de colegas que compartimos el amor por el psicoanálisis y que seguimos sosteniendo ese espacio en la formación de futuros psicólogos.

El psicoanálisis es una praxis sin garantías, no promete la felicidad, pero sí habilita un encuentro, persistentemente parcial y fallido, con algo del propio deseo inconsciente y del goce que entrapa y que es ineludible a todo sujeto. A partir del trípode freudiano –el análisis personal, las supervisiones o controles y la formación teórica– esta apuesta *se vuelve posible*. En este marco, este texto intenta comunicar algunas conceptualizaciones que me han resultado fecundas, elaboradas en mi diálogo con los grandes maestros y con autores contemporáneos, y en el ejercicio mismo de mi práctica como analista.

Por ello, el propósito que orienta estas páginas es iluminar observaciones clínicas, revisar nociones teóricas y articularlas con una clínica actual que nos interpela, de manera que puedan ser útiles tanto para la reflexión del analista como para quienes se están formando en psicoanálisis.

En el **capítulo 1**, examino los *rasgos de perversión en las neurosis*, a partir de Freud, Lacan y Deleuze, entre otros. Retomo y reviso consideraciones centrales sobre la fantasía, la pulsión, el deseo, el goce y el fantasma, con el fin de delimitar el lugar que ocupan en la subjetividad neurótica. Dado que los rasgos perversos se caracterizan por una particular estabilidad en el tiempo, poner algo de luz sobre esta presentación persistente permite efectuar un diagnóstico estructural y diferencial que evite confundir a un neurótico con rasgos perversos con un sujeto de estructura perversa.

De allí que dedico el **capítulo 2** a *las neurosis*, revisitando las formas clásicas –histérica, obsesiva y fóbica–. En la última, a menudo poco diagnosticada, me detengo en sus dos modos de aparición clínica: como estructura de viraje para Lacan y como estructura en sí misma. En este devenir, discuto las manifestaciones actuales de las neurosis, incluidas las adicciones.

En mi práctica clínica trabajo con pacientes individuales, así como con parejas y familias. Desde un dispositivo vincular –que comencé a explorar en el posgrado en psicoanálisis de familia, pareja y grupo–, he advertido que no hay un solo psicoanálisis y que el dispositivo analítico aplicado al encuadre de pareja y familia, a través de la transferencia, permite en muchos casos sostener una escucha que aloja los diferentes discursos, atempera la violencia, la angustia y la ansiedad paranoide, disipa ciertas imagerías y cuestiona algunas certezas.

Sobre esta base, el **capítulo 3** aborda *la pareja*, desde la lectura del *Banquete* de Platón, hasta la contingencia vincular que denominé “claustrofobia en la pareja”, considerando también la tensión entre repetición e invención en el amor.

El **capítulo 4** se centra en *la familia*. Recupero el concepto de *Estructura Familiar Inconsciente* de Isidoro Berenstein y lo pongo en diálogo con otros autores, para pensar las transformaciones históricas, los mitos de origen, la deuda, abordo además los efectos de los estragos: maternos, paternos, fraternos y filiales, finalizando el capítulo con el fenómeno de la “locura familiar como ráfaga transitoria”.

Por último, en los ***comentarios finales***, vuelvo sobre algunos aportes y reflexiono acerca de la trama más o menos “impura” de nuestra praxis analítica.

En suma, este libro no pretende clausurar discusiones ni fijar certezas. Aspira, más bien, a sostener el carácter interrogante del psicoanálisis, a partir de un *hacer* que siempre se confronta con lo singular. En esa tensión entre teoría y clínica, entre lo universal y lo particular, se juega una transmisión que teje significantes, para intentar dar sentido a una función desafiante.

Capítulo 1: Rasgos perversos en las neurosis

“Al menos, me parece reconocer una especie de intercambio vascular entre mi gusto por la traición, el robo y mis amores” (Genet, 1949, p. 193).

El presente capítulo se propone abordar una dimensión poco tematizada en la clínica psicoanalítica: la presencia de rasgos perversos en sujetos con estructuras neuróticas. Para ello, se partirá de conceptualizaciones fundamentales de Freud y Lacan sobre la fantasía, el fantasma, el goce y el deseo, y se explorará cómo estos elementos configuran ciertas modalidades de goce que, sin constituir una estructura perversa en sentido estricto, marcan zonas de opacidad en la neurosis y plantean desafíos específicos a la dirección de la cura. A partir del análisis de escenas fantasmáticas, referencias al grafo del deseo y consideraciones sobre la pulsión, se buscará delimitar qué lugar ocupan estos rasgos perversos en la subjetividad neurótica.

Freud y el concepto de fantasía

Freud no habló de *fantasma*, pero sí de *fantasía*, término que utilizaba para dar cuenta del mundo imaginario del sujeto. En 1897, comienza a desestimar la veracidad de los hechos relatados por sus pacientes; a partir de allí empieza a tomar fuerza el concepto de *realidad psíquica*, en el cual el sujeto se representa su propia historia. Este giro conceptual cobró importancia en el intento de explicar el origen de los síntomas, llevándolo a alejarse de la teoría del trauma inicial y de la seducción.

Considera que las fantasías son el efecto de pulsiones que no encuentran una vía de descarga y que buscan cierta satisfacción a través de los sueños, las ensoñaciones, el arte o la formación de los síntomas.

En 1919, Freud escribe “Pegan a un niño”, intentando acercarse al origen de las perversiones y, en particular, del masoquismo. En su clínica, escucha con bastante frecuencia estas fantasías de paliza en pacientes neuróticos histéricos y obsesivos, quienes con gran reparo y vergüenza confesaban el placer que les generaban estas fantasías, que culminaban en una descarga masturbatoria.

Freud toma seis casos, cuatro mujeres y dos varones. Al intentar precisar las características de la fantasía —¿quién es el niño azotado?, ¿quién le pega?—, solo puede afirmar “pegan a un niño” (1919/1986, Vol. XVII), afirmación que condensa un enigma estructural.

A partir de este trabajo, propone tres fases en la fantasía:

En la primera fase, el niño azotado no es el sujeto que fantasea, la persona que pega es un adulto desconocido que luego se revela como el padre. Esta fase es consciente, y la frase se puede formular como sigue: “El padre le pega al niño”. Freud agrega: “El padre pega al niño que yo odio”. Esta sería una posición sádica, aunque el niño no sea quien castiga.

En la segunda fase, el niño fantaseador es el azotado: “Yo soy azotado por mi padre”. Esta versión, con un matiz claramente masoquista, nunca es consciente; por eso, no puede ser recordada, solo se construye en cada análisis. Para Freud esta fase es la que tiene consecuencias más graves; infiero que ello se debe al peso del superyó y porque facilita la instauración del masoquismo, que luego se repetirá en distintas áreas de la vida del neurótico.

En la tercera fase, el golpeador ya no es el padre sino otro adulto —puede ser un maestro— y los azotados son muchos niños. El fantaseador no está presente en la escena; se sitúa como espectador: “seguramente estoy mirando”, dice el sujeto. Esta fase es consciente

como la primera, pero se caracteriza por la fuerte carga de excitación sexual, que suele culminar con una descarga onanista.

Freud ubica la fantasía de la paliza en la lógica edípica, porque pone en juego tanto la exclusión del que es golpeado como el amor del que no lo es: “a mí no me golpea”. Cuando se manifiesta el amor incestuoso, esta fantasía se invierte: la culpa se conjuga con el erotismo, y el enunciado “el padre me ama”, entendido en el sentido genital, se transforma en “Soy azotado por el padre” porque acaece una regresión sádico-anal.

Pommier (2015) sostiene: “De todo ello se desprende el engranaje articulado de los fantasmas fundamentales: el niño golpeado, el fantasma de seducción y el fantasma parricida (...) Las tres fantasías están asociadas entre sí” (p. 115). Al final de este circuito de fantasmas, el autor introduce la culpa, reiniciando así el engranaje con el niño golpeado.

Freud ya lo afirmaba en “Pegan a un niño” (1919/1986, Vol. XVII): esta acción correctiva y fustigadora por parte del padre causa excitación en el hijo, generando el fantasma de seducción. El padre, a través de sus palizas, produce la erección del niño e instaura una corriente masoquista (González, 2022).

La paliza recibida por el padre, entonces, como se dijo, genera simultáneamente excitación y ansias de venganza, dando lugar al fantasma parricida: castrar y matar a ese padre incestuoso que seduce. Este padre seductor divide al sujeto entre lo pasivo y lo activo, lo que provoca una tensión entre lo masculino y lo femenino. Así, el varón neurótico busca repetir en forma activa con una mujer lo que vivió en forma pasiva con su padre.

François Leguil (1990) asevera:

El perverso no se siente dividido, porque su acto es dividir al otro. El neurótico aproxima esta experiencia en el rasgo de perversión, puede encontrar el modo, limitado el modo de no sentir su división e interesarse por el contrario en los efectos que su rasgo provoca en el otro. (p. 11)

Leguil también distingue la queja, el dolor y la inestabilidad del síntoma —propios del neurótico— de la ausencia de queja y la falta de pregunta que

caracteriza al rasgo perverso. Asimismo, menciona que el neurótico que presenta estos rasgos es un militante de la igualdad: cree, hasta cierto punto, que todos gozan de la misma manera.

Estos rasgos perversos conllevan un goce autoerótico que el neurótico no sufre, lo que dificulta y hace obstáculo a la cura porque, al no haber pregunta, para él “esto anda bien, soy así”, manifestando una firme decisión en lo que hace, aunque no se cuestione sobre por qué lo hace. Es difícil conmoverlo en este punto donde encuentra cierta consistencia de goce.

¿Qué es el goce en Lacan?

Para comenzar, podemos apuntar que el goce, en la enseñanza de Lacan, se relaciona con la noción freudiana de aquello que se halla *más allá del principio de placer*. Es decir que existe un límite para el placer y, cuando este se transgrede, sobreviene el dolor. Ese placer sufriente o de dolor, esa satisfacción paradójica ligada al displacer, atañe al goce.

De ese sufrimiento proviene una satisfacción, que nunca es plena ya que “el goce-todo” está interdicto por el efecto que tiene el significante sobre el sujeto. Esta imposibilidad de un goce pleno remite a la castración y al registro de lo real: no todo puede ser dicho.

Pablo Muñoz (2020) subraya que el goce está más ligado al significante que al cuerpo, y que además se encuentra articulado con el deseo, la castración, el sujeto y el fantasma. En este sentido, advierte: “Pensar el goce desprovisto de estas articulaciones, así como equipararlo simplemente con la pulsión, lleva a una práctica empobrecida que se reduce a acotar el goce real del cuerpo y «responsabilizar» al sujeto de lo que resta de inacotable” (p. 304).

No obstante, como es sabido, el cuerpo está marcado por el significante y se encuentra implicado en el goce.

De lo expuesto se desprende que deseo y goce están íntimamente articulados a través de la castración. No son entidades disociadas ni separables: siempre que hay algo del deseo, el goce está presente y viceversa.

Asimismo, se deduce que aquí no hay elección de goce; el autor sostiene que el goce es ajeno y extraño al sujeto, por tanto, inaprehensible. Podría afirmarse que ese goce constituye un lugar inevitable en la estructura del sujeto, dado que se genera por la acción misma del significante.

En consecuencia, nos interpela en tanto analistas la idea de responsabilizar al sujeto de algo que siente ajeno a él y que, sin embargo, insiste y repite. Tal vez, un camino posible –en el caso del neurótico– sea considerarlo responsable cuando involucra a otro sin su consentimiento, y cuando sobreviene la decepción. Como diría Braunstein (2006), “el goce del neurótico es irrealizable, está condenado al armario, puede actuarse de tanto en tanto, no siempre, no en todos los casos” (p. 244). Agrega que, en ocasiones, aparece como un intento de desafiar los sentimientos de culpa, pudor y asco que rodean al acto que fantasea y que, eventualmente, realiza.

EL Fantasma y los rasgos perversos

El recorrido por el concepto de goce permite introducir otra herramienta fundamental en la enseñanza de Lacan: el grafo del deseo. Esta formalización ofrece una vía para pensar la articulación entre deseo, goce y fantasma, específicamente en las estructuras neuróticas.

Lacan desarrolla el *grafo del deseo* en el *Seminario 6* (1958-1959/2015), en el marco de su trabajo sobre las estructuras neuróticas. El punto de partida es la pregunta que se hace el neurótico frente al deseo del Gran Otro: “*Che voi?*”, es decir: ¿Qué me quiere?”.

El autor formula una serie de respuestas posibles con las que el sujeto neurótico se las arregla, o intenta arreglárselas, ante la angustia que le genera el deseo del Otro y no saber qué lugar ocupa en él.

Entre las respuestas se encuentra el *fantasma*, cuyo matema es: sujeto barrado losange objeto “a”. Funciona como una pantalla protectora frente a lo real imposible, a través de la cual miramos y construimos nuestra realidad. Por eso se sostiene que no existe una realidad objetiva, sino una realidad subjetiva fantasmática y singular para cada sujeto.



En el *Seminario 4* (1956-1957/2008), al referirse al texto freudiano “Pegan a un niño”, Lacan señala que en el término “Pegan” se produce una desubjetivación esencial (p. 120). Menciona también que los significantes están en estado puro, vaciados de sujeto. Esta fórmula ilustra cómo el fantasma, más que representar al sujeto, lo elide: lo convierte en efecto del significante.

Sostiene que el fantasma, además, *fija* la escena y la reduce al estado de lo instantáneo. Compara este efecto con una película que, en medio de su desarrollo, se congela de pronto: todos los personajes quedan paralizados, pero la escena conserva toda su carga erótica. Esta fijeza implica una cierta inercia o monotonía, que remite directamente al objeto “a”.

A diferencia de otras formaciones del inconsciente, el *fantasma fundamental* no puede interpretarse. El sujeto no se siente implicado en él. La afirmación “pegan a un niño”, en este sentido, funciona como un “axioma lógico”: único y singular para cada sujeto.

Cabe destacar que en el fantasma están, como se dijo, los tres registros y, si bien no se puede interpretar, sí se puede apostar a la construcción de dicho fantasma bajo transferencia.

En el *Seminario 14, La Lógica del Fantasma* (1966-1967/2023), describe la fórmula del fantasma de la siguiente manera: sujeto dividido (sujeto del inconsciente dividido por la acción significativa) mayor (>) o menor (<) que losange (punzón) el objeto “a”. Este objeto, que es del registro de lo real, es

incognoscible, causa del deseo y satisfacción parcial de la pulsión. El rombo o punzón da cuenta de las operaciones lógicas (V y $\wedge$) que son, respectivamente, reunión e intersección entre el sujeto y el objeto “a”.

Estas operaciones lógicas tapan la imposible relación de complementariedad entre sujeto y objeto, este “no hay relación sexual”. Se trata de una falta estructural en tanto el sujeto carece de instinto. De esta manera, la repetición de la escena fantasmática sirve para evitar que el sujeto se enfrente a lo real, es decir, a la castración.

Desde una perspectiva más actual, Silvia Amigo (2019) aporta otra mirada sobre la construcción del fantasma en relación con la diacronía del vínculo materno; en este sentido, considera: “Para armar el fantasma, para escribir el fantasma, se necesitan la estructura del Otro y las contingencias del sujeto en relación al Otro. Es mucho tiempo de vida el que lleva a armar esta construcción” (p. 25).

La autora destaca que esta relación entre el sujeto y el Otro materno se da en una diacronía y está sometida a lo que llama “crisis estocásticas”, que son situaciones contingentes difíciles de prevenir y de tramitar; por ejemplo, una madre en duelo no podrá cumplir cabalmente su función de sostén de su hijo.

La madre aporta el campo del lenguaje mediante su presencia–ausencia, favoreciendo la intrincación de las distintas pulsiones parciales: mientras le da de mamar (pulsión oral), lo mira (pulsión escópica), le habla (pulsión invocante). El bebé la sigue con la mirada y ella lo sostiene en brazos, lo que implica un tono muscular alrededor de su orificio anal (pulsión anal). Estas pulsiones intrincadas fortalecen la pulsión de vida (*Eros*). Por el contrario, cuando una pulsión se independiza de las otras, se acerca a la pulsión de muerte (*Tánatos*).

El límite al goce pulsional es introducido por el falo –ese objeto en “la boca del cocodrilo”–, inicialmente por el discurso materno, y más adelante por la función paterna que frena el goce materno.

Miller (1984) sostiene que “el fantasma se presenta como algo que parece producir placer en el sujeto, mientras que el síntoma, por el contrario, le produce displacer” (p. 19).

En el fantasma están presentes los tres registros: lo imaginario (con su pregnancia erótica), lo simbólico (una frase que funciona como axioma) y lo real (lo imposible de modificar). Sin embargo, la prevalencia de lo real hace que el fantasma no se preste a la interpretación como otras formaciones del inconsciente. Solo en transferencia puede construirse. Es posible inferir, entonces, que el fantasma es lo que permite cubrir la angustia que suscita el deseo del Gran Otro.

Brousse (1988) observa que, si partimos de la tesis lacaniana de que el inconsciente está estructurado como un lenguaje, “la característica irrebasable del fantasma será la de ligar al sujeto del inconsciente un objeto que le es fundamentalmente extraño, en el sentido que no es significante” (p. 98).

A partir de esto, se entiende la inercia del fantasma: no es interpretable, y el sujeto puede decir muy poco al respecto, más allá de la vergüenza que le provoca. Esa vergüenza no proviene del desconocimiento de su contenido, sino de la conciencia de su carga erótica, muchas veces en disonancia con los valores sociales.

Con frecuencia, se asocia el atravesamiento del fantasma con el fin de análisis. Brousse aclara que no se trata de una superación, ya que el neurótico siempre conservará su fantasma. Sin embargo:

El fantasma es atravesado cuando el sujeto sabe algo de su articulación con el deseo del Otro, que el fantasma fundamental enmascaraba, es decir, cuando ya no puede ignorar lo que él es “por no ser otro que el deseo del Otro”. (p. 105)

El fantasma es un efecto de la Metáfora Paterna, donde el Nombre del Padre (NP), como significante ordenador, viene a imponer la ley del incesto: “no te acostarás con tu madre” (al hijo) y “no reintegrarás tu producto” (a la madre). En esta operación de sustitución significante (NP reprime al deseo de la madre), se inscribe la castración. Por eso se habla de fantasma en las neurosis.

Esta elaboración permite situar la ambigüedad estructural del fantasma: su carácter estabilizante para el sujeto, pero también su resistencia a la interpretación. A partir de aquí, resulta posible introducir una pregunta clave: ¿cómo se articula el rasgo de perversión con este montaje fantasmático?

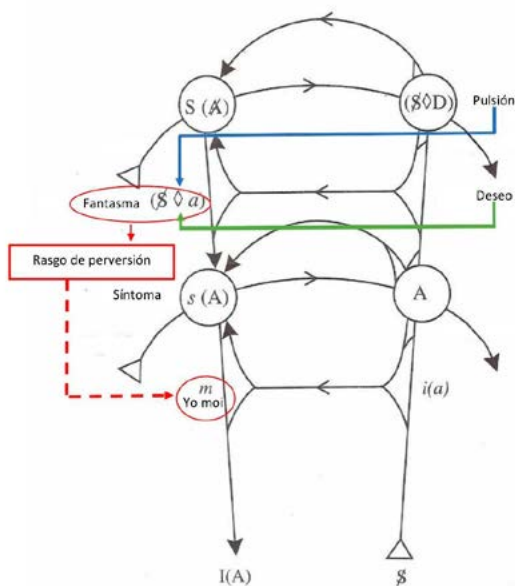
Esta sustitución significativa nunca es sin fallas. A partir de ello, puede inferirse que aquello que escapa a la operatoria del Nombre del Padre –lo que queda por fuera de la ley del *no-todo*–, ese resto, es lo que contribuye a generar el rasgo de perversión que se aloja en el fantasma. El fantasma, por su propia estructura, es perverso porque reniega de la castración. Si bien está conformado por los tres registros (imaginario, simbólico y real), se resiste a la asociación libre, como lo señaló Freud en “Pegan a un niño” (1919/1986, Vol. XVII). El sujeto es consciente de determinadas conductas que están en él, pero no puede decir demasiado sobre ellas, ya que se encuentran bajo el dominio del inconsciente y comandadas por el superyó.

Estos rasgos perversos no se inscriben del lado del deseo: hay algo de deseo en ellos, sí, pero lo que predomina es el goce. Como renegación de la castración, están impregnados de un goce que se ubica más allá del principio del placer, es decir, de un placer que, en su exceso, se vuelve compulsivo, muchas veces esclavizante.

Desde el punto de vista económico, podría pensarse que condensan goce y recuperación del mismo, cuya fijeza aporta cierta estabilidad psíquica, ya que frente a la irrupción de la angustia es el recurso con el que cuentan algunos neuróticos para enfrentar la amenaza de la castración. No se trata, sin embargo, de un funcionamiento voluntario: aunque el sujeto sea consciente de su accionar, no puede dar cuenta de los móviles inconscientes que lo impulsan.

Es necesario diferenciar estos rasgos perversos del síntoma. Este último, en la perspectiva de Lacan, también es una forma de responder a la incógnita, muchas veces insoportable, del deseo del Gran Otro. El síntoma para Freud es una formación del inconsciente y una formación de compromiso; Lacan agrega que es una metáfora con un plus de sentido desconocido, su característica es que está multicausado, provoca angustia en el sujeto y es el que lo lleva a consultar.

En el siguiente dibujo del grafo, articulo el fantasma con los rasgos de perversión y, luego, con la línea punteada, lo relaciono con el *yo (moi)*:



Estos rasgos están estrechamente vinculados al fantasma; podrían incluso considerarse como una derivación o solidificación del mismo. Si bien todos los matemas del grafo están interrelacionados, haré hincapié en el circuito donde el fantasma, nutrido por la pulsión y el deseo, da lugar al rasgo de perversión. A través de una línea punteada, este rasgo se vincula con el *yo (moi)*, conceptualizado por Lacan como un conjunto de identificaciones desordenadas.

Una de estas identificaciones, particularmente escindida del resto, puede corresponder al rasgo perverso. Aquí, el sujeto puede reconocerse en ese costado oscuro de su subjetividad, en ocasiones vivenciado como algo de lo clandestino, de lo prohibido, fuente de vergüenza y de lo que le cuesta hablar. Este rasgo escindido se instala en el núcleo de ese lugar de desconocimiento que es el *yo*, aportando una cierta consistencia a esa falta en ser que define al sujeto del inconsciente.

Los rasgos perversos son formaciones cristalizadas que comienzan tempranamente y, en muchos casos, perduran a lo largo de la vida de un sujeto. Se articulan con el mito individual del neurótico, pero sobre todo con

su particular posición fantasmática en la que, en un costado de su subjetividad, fue objeto de goce del Gran Otro.

Todo sujeto atraviesa los tres tiempos lógicos del Edipo. En el primer tiempo, de libidinización y narcisización del cuerpo, el hijo es el falo de la madre. Desde esta lógica, considero que los rasgos perversos son solidarios del fantasma fundamental del neurótico: se desprenden de él, aunque no todo neurótico necesariamente los presenta.

Estos rasgos proporcionan un plus de goce distinto del que brinda el síntoma y, en algunos casos, pueden cumplir una función de cierta estabilización de la estructura neurótica. En los rasgos perversos hay una identificación con un objeto de goce que se articula en el fantasma. No hay allí lugar a la pregunta, como ocurre en el síntoma. Aquí solo aparece una “saber hacer” con algo del goce, que se localiza en un área específica de la vida del sujeto (ya sea en su sexualidad, sus vínculos afectivos o el ámbito laboral) y que se caracteriza por la compulsión a la repetición.

Cuando digo que “no hay pregunta”, me refiero a que no emerge un interrogante desde el sujeto del inconsciente que interpele esa forma particular de goce. Esta cuestión resulta central al momento de pensar la dirección de la cura y los alcances del análisis freudiano en su doble formulación: ¿terminable o interminable?

Estos rasgos configuran una solución aparente frente a la angustia de castración, pues se manejan con la ley, pero con la ley del *todo es posible*. En determinadas ocasiones, el sujeto puede posicionarse como objeto de goce o tomar al partenaire como tal. Aquí el neurótico no elige, solo repite. Aunque se crea amo en esta área de su subjetividad, es tan esclavo como el perverso. La diferencia es que en el neurótico algo de culpa se filtra; es una culpa inconsciente que, como dije, no abre espacio a la incógnita (a la pregunta), sino que se vive como un destino impuesto, marcado. Con las marcas de los significantes que se jugaron en esa escena mítica y oscura con el Otro, el sujeto suele decir: “es lo que me tocó” o “soy esto”.

Como ya se señaló, la presencia de estos rasgos constituye un desafío para la cura psicoanalítica, dado que esta se funda en el sujeto supuesto al saber, que

es el móvil de la transferencia y estos rasgos suponen un intento de saber hacer con *algo* del goce.

Lo que lleva a un neurótico al analista es un malestar que insiste y lo incomoda, este aparece como un motivo de consulta manifiesto, en el que subyace lo latente que hay en él, un terreno fértil, abonado por la ansiedad y la angustia, que permitirá alojar en el dispositivo la incipiente semilla de la pregunta a un Sujeto Supuesto Saber. Pero, cuando el sujeto con rasgos perversos se siente amenazado o cuestionado ahí donde goza, pueden surgir resistencias que lo lleven a abandonar el análisis.

Si se habilita el espacio analítico, algo de esta zona puede iluminarse, acercarse en algún punto, en el largo discurrir de un análisis, a construir un posible saber. Bajo la regla fundamental –la asociación libre (que no es *tan* libre como muchos suponen pues están presentes los tres registros)– y con el sostén transferencial, es posible que se anime a atravesar las barreras de la represión, para poner en palabras *lo clan-destino*: el destino de su clan familiar, de su mito individual, en definitiva de su Edipo. Esta apuesta solo acaece si el sujeto “pica” el anzuelo del deseo de saber, y se deja llevar por la transferencia hacia aquello que el síntoma enmascara y se desafía a sí mismo a acercarse a su fantasma.

Frente a esta tarea, es muy importante la posición del analista, sostenida en el trípode freudiano: el análisis personal, los controles o supervisiones clínicas y la formación constante. Esta última, particularmente, debe “salir” de la repetición dogmática, a modo de jaculatoria bíblica, de los textos freudianos, lacanianos o kleinianos, para permitirse la capacidad de asombro que abre la clínica con las marcas de la época actual, en el encuentro–desencuentro del caso por caso de cada sesión.

Aquí está implícita la *construcción* en psicoanálisis –que propuso Freud comparando al analista con el arqueólogo–, el poder discrecional del oyente –que marcó Lacan– y el deseo del analista (que no se confunda con ideales ni con un furor *curandi* omnipotente). Solo así es posible que el sujeto que nos consulta se arriesgue a ocupar el lugar de analizante, con el deseo de saber que caracteriza a las neurosis. Esta experiencia implica un costo que no todos están dispuestos a pagar, pues no deja de ser un salto al vacío, teñido

de incertidumbre, temores y angustia. Precisamente por ello, los rasgos de perversión hacen las veces de escudo protector.

La apuesta siempre incierta es que emerja en el sujeto algo que atañe a su responsabilidad subjetiva, ya que, al no existir cuestionamiento, suele aparecer un tapón de cobardía y de negación que dificulta que se manifieste algo del propio deseo, produciendo en el sujeto, en ocasiones, un estado estanco de apatía, resignación y tristeza.

¿Qué hace posible que un sujeto neurótico presente rasgos perversos?

Esta pregunta condensa una de las hipótesis centrales del capítulo: que ciertos rasgos de la estructura perversa pueden alojarse en la neurosis sin que ello implique una transformación estructural. Para comenzar a responderla, es útil retomar a Freud quien, en “Tres ensayos sobre teoría sexual” (1905-1950/1986, Vol. VII), sostiene: “Desde que me he familiarizado con el punto de vista de la bisexualidad considero que ella es el factor decisivo” (p. 201).

Al analizar esta cita y aun substrayéndole el aspecto sexual, se puede inferir que en la estructura subjetiva yace la “búsqueda de la completud”; en este sentido se habla de bisexualidad, se busca el “todo”, no se quiere perder nada. Por lo tanto, se resiste a la castración, aunque se inscribe en la neurosis, algo queda atado a ese significante omnipotente del deseo de la Madre, que remite a una escena de completud. Es ahí donde se puede concebir esos rasgos de perversión en los neuróticos.

Por otro lado, cuando Lacan hace mención al rasgo se refiere al *rasgo unario*, fundamentalmente desde lo simbólico. Distingue los tres tiempos del Edipo, no como una cronología lineal, sino en tiempos lógicos, esto es, que responden a una lógica particular que es la del inconsciente.

En el *primer tiempo del Edipo*, está el lugar de la madre, del hijo y del falo; el niño es el falo de la madre y viceversa. El falo es definido como el significante

del deseo, el significante de la falta, pero en este primer tiempo el falo se presenta como predominantemente imaginario, en tanto viene a cubrir la falta de la privación materna aportando sensación de completud. “El hijo es todo para la madre y la madre es todo para su hijo”, “Su Majestad el Bebé”. La ley está presente y la detenta la madre, es una ley omnipotente, omnipresente y omnisapiente: *ella lo puede todo, sabe todo, está siempre*. Es la ley del “todo es posible”.

Se trata de un momento indispensable para la supervivencia del hijo, en tanto es un cachorro humano que nace en un estado de desamparo y extrema vulnerabilidad y el aporte libidinal de este Gran Otro, que encarna la madre, narcisiza el cuerpo del niño, alojándolo en su deseo y posibilitándole la vida. Sería un narcisismo erótico que permite la existencia misma, pero su exceso lo torna tanático. En este primer tiempo se estructura la perversión cuyo mecanismo estructural es la renegación de la castración.

En el *segundo tiempo* se estructura la psicosis por la forclusión del NP. Esto que el Otro materno no habilita la entrada de ese significante ordenador; por lo tanto, aquí la castración no se inscribe en el psiquismo del niño, y sigue considerando al Gran Otro completo, sin tachas.

En el *tercero* se internaliza la ley de la prohibición del incesto por la intervención del NP, inscribiéndose en el psiquismo del niño la castración simbólica, que le marcará que hay acciones permitidas y otras prohibidas gracias al mecanismo estructural en las neurosis, que es la represión secundaria, nadie es la ley, todos se someten a ella.

Entonces, es posible encontrar rasgos perversos en muchos neuróticos debido a que todo neurótico ha pasado por el primer tiempo del Edipo, que ha dejado en él huellas de completud imaginaria que pueden desmentir, al menos parcialmente, la castración. Estas huellas no determinan una estructura perversa, pero pueden constituirse como puntos de fijación de goce difíciles de desplazar.

Ello plantea a los analistas una cuestión ética: ¿hasta qué punto es posible intentar conmovir estos rasgos perversos? ¿Qué lugar deben ocupar en la dirección de la cura? Si consideramos que la dirección de la cura está orientada

por el objeto “a”, entonces, estos rasgos de perversión pueden funcionar como un tapón que dificulta que el sujeto se enfrente a la falta.

Otro aspecto por tener en cuenta es la responsabilidad subjetiva. El sujeto debe poder hacerse cargo de sus actos, de las implicancias que tienen en los otros, que se manifiestan en conductas manipuladoras, estafas económicas y afectivas, preferencias sexuales que cosifican al partenaire sin su consentimiento o se cosifica a sí mismo frente al otro, conductas delictivas, adicciones, entre otras.

Recordemos que el cuerpo del niño se encuentra atravesado por el lenguaje aún antes de nacer: es pensado como varón o mujer, es nombrado, es imaginado, tendrá los ojos del color de la madre o del padre... Cuando nace, se lo inscribe en un registro simbólico con un nombre y apellido, esto implica filiación y cadena generacional. Es decir, ese pequeño cuerpo está atravesado por el significante, por las palabras y deseos del Gran Otro encarnado en la madre, padre o sustitutos, que, al hablarle, mirarlo, mecerlo en sus brazos, calmar sus llantos, ya están recortando parte de la carne de su pequeño cuerpo que son elevadas al estatuto de zonas erógenas, privilegiando unas por sobre otras.

Palabras que vienen de una exterioridad y que se hacen interiores; no solo se incorporan palabras, miradas, ideales, sino por sobre todo se incorpora un vacío, agujero, hiancia que constituirá la ontológica falta en ser, que nos hace un ser en falta.

Estas marcas sobre ese pequeño *infans* incidirán en un modo singular de goce, que es efecto del significante en el cuerpo, imposible de descifrar totalmente porque es del orden de lo real. Lacan afirmaba que el significante cava un surco en lo real, allí yace un goce perdido.

Por ello, en la subjetividad, se facilitan determinados modos de presentación de goce que se manifestarán en conductas repetitivas. Estas conductas insistentes pueden dar cuenta de la supremacía de una de las pulsiones que predominará con fijeza, lo cual habilita distintas modalidades en este rasgo de perversión:

- *Oral*: goce ligado a chupar, depender del otro, consumir sustancias o ser chupado, ubicarse en el lugar de objeto al servicio del goce

ajeno, trabajar para otros, depender afectivamente de otro en forma excesiva, ofrecer sin condiciones su vida a una causa.

- *Anal*: goce ligado a retener, expulsar, dañar, “cagar al otro”, que da cuenta de un aspecto sádico, o “ser cagado” retiradas veces y en distintas circunstancias, que puede relacionarse con una posición masoquista.
- *Mirar*: voyeurismo, ser mirado (exhibicionismo), “hacerse ver narcisísticamente”. En el contexto actual, esto se expresa en el creciente consumo de las redes sociales, donde lo privado se vuelve público, donde los *likes* y los seguidores le dan ilusoria consistencia a una inexistente identidad.
- *Invocante*: ser receptivo a las palabras de aprobación, insultos, blasfemias, mandatos y ruidos a modo de mensajes en ocasiones contradictorios y paradójales que perturban y enloquecen.
- *Fálica*: goce que está al principio al ocupar el lugar del falo del Otro materno. Como se dijo, es necesario al principio para vivir, forma parte del proceso de libidinización del cuerpo y psiquis del cachorro humano frente al desamparo inicial, pero luego puede tornarse mortífero si no interviene la función paterna. El significante del Nombre del Padre viene a limitar ese goce fálico y permite la entrada en la significación fálica, habilitada por la castración simbólica que posibilita la circulación del deseo.

Cuando hablamos de *significación fálica*, hablamos de posibilidades, de posibles brillos que puede obtener este sujeto en estructuración que es el niño y que vienen otorgados por el Otro que no lo puede dar todo, solo algunos ideales que configuran un amor posible, que lejos está del goce omnipotente del Gran Otro.

Adherirse a los ideales con absolutismo implica el riesgo de cercenar la libertad posible del sujeto, ya que también puede obturar la castración, siendo que esta es la única posibilidad de que el sujeto transite por los caminos del deseo.

Finalmente, es importante subrayar que presentar rasgos perversos no implica una estructura perversa. Esta diferenciación es fundamental, y será abordada en la próxima sección, dedicada a delimitar algunas referencias clave sobre la estructura perversa en sentido estricto.

La estructura perversa: algunas referencias

Históricamente, la estructura perversa ha tenido “mala fama”, ya que para la psiquiatría, la psicología clásica y algunas líneas del psicoanálisis se la soldaba a perversidad y a maldad, asociada directamente al psicópata perverso, a la personalidad antisocial y al manipulador. Sin embargo, esta es solo una de las variantes posibles, que no agota la complejidad de la estructura perversa. Tampoco se limita al sadismo o al masoquismo.

Existen estructuras perversas que no encajan en estas coordenadas. Incluso algunas abrazan ideologías que apuntan al Bien Supremo, entregadas a una causa humanitaria, con una marcada solidaridad y entrega absoluta. Por esta razón, es importante evitar adherir a la concepción de que la perversión está soldada al daño y a las parafilias.

Ese prejuicio tiene sus implicancias éticas en nuestra praxis. Se suele escuchar que “los perversos no consultan porque no se angustian” o “si pasan por etapas de angustia, esto los lleva algunas veces a consultar, pero rápidamente abandonan el espacio analítico”. Ello se debería a que tienen un saber sobre el goce y a nivel transferencial solo buscan un cómplice y un garante de su posición, reproduciendo en la transferencia la misma lógica de división que ejercen sobre sus partenaires.

Considero que cada sujeto que nos consulta implica un desafío: ¿hasta dónde podemos escucharlo?

Parto de una mirada desde la cual el psicoanálisis diagnostica la estructura a partir de la posición que adopta el sujeto frente a la castración del Gran Otro. En la perversión, el mecanismo dominante es la **renegación** de la ley

del Nombre del Padre: el sujeto sabe que existe la castración en el Otro, pero la desmiente, en el lugar de la ausencia coloca una presencia. Se trata, por lo general, de un fetiche, un objeto fijo que ocupa el lugar de la falta. Aquí la renegación es un mecanismo estructural e inconsciente, que determina que el sujeto quede como objeto de goce del Gran Otro.

En el perverso operó la metáfora paterna, acaece la extracción del objeto “a”, sabe de la ley de la prohibición del incesto que impone el significante Nombre del Padre, pero la **reniega**, coloca una presencia en lugar de la ausencia, sometiéndose a una voluntad de goce, por la cual aunque aparece como “amo”; en realidad es “esclavo”.

A diferencia del neurótico, que sale de la metáfora paterna con el falo negativizado (-fi) y la castración simbólica inscrita por la **represión secundaria**, el perverso la atraviesa con el falo positivizado (+fi). En él rige la ley del *todo es posible* y su saber hacer con el goce es un saber hacer fijo, repetitivo, que se torna empobrecedor y aburrido.

Es importante marcar que el neurótico puede utilizar la renegación como mecanismo defensivo, especialmente cuando presenta rasgos perversos, pero no es su mecanismo estructural. En cambio, en el perverso, la renegación no es defensa: es constitutiva de su modo de estar en el mundo.

A partir del mecanismo de renegación, el perverso se ubica como objeto de goce para sostener al Gran Otro completo y al partenaire como un instrumento más, despojado de su subjetividad para cumplir su fin. Entonces, puede abrazar batallas heroicas, entregando hasta su vida, pues se encuentra en posición de esclavo de un imperativo de goce al servicio y obediencia de lo que considera un Bien Absoluto y Supremo. Desde esta posición puede ser un “fundamentalista” con dogmas y teorías incuestionables. También puede vivir realizando gestos altruistas, religiosos o solidarios, posiciones alejadas de lo considerado como antisocial.

Por otro lado, es necesario advertir que, en ocasiones, el neurótico puede cometer actos perversos e, incluso, ser más cruel que el perverso. Puede violar,

estafar o hasta asesinar, cuando hace un pasaje al acto o cuando está bajo la égida del rasgo perverso.

Esta diferenciación entre estructura y rasgos no solo es crucial desde el punto de vista clínico, sino también para pensar la lógica del goce y su inscripción en el fantasma. A fin de profundizar en este punto, resulta esclarecedor el análisis que Gilles Deleuze propone sobre el sadismo y el masoquismo.

Acerca del sadismo y el masoquismo según Gilles Deleuze

Para Deleuze (1969), el masoquista busca un verdugo y necesita educarlo para ocupar esa posición. Para ello, establece un contrato, en el cual se combinan elementos estéticos, jurídicos y afectivos. El sádico, en cambio, rompe los contratos y demanda instituciones donde desplegar la locura de la posesión. Por eso, en él, el lenguaje cumple una función imperativa y descriptiva. Por ejemplo, en Masoch el lenguaje desempeña una función dialéctica y persuasiva; sus fetiches preferidos eran el látigo, las pieles, los zapatos y los travestismos de la Venus.

En Masoch se observa un suspenso estético y dramático, se hace infligir castigos y humillaciones por una mujer opulenta armada con un látigo y envuelta en pieles. Aparecen distintos tipos de heroínas: la mujer pagana, la hetaira o Afrodita que genera desorden, que vive para sí misma, para la belleza y el amor. Enarbola la bandera de la igualdad entre el hombre y la mujer, establece relaciones fugaces y superficiales con el varón, que tiembla de miedo frente a ella. También aparece la mujer sádica a quien le gusta torturar y hacer sufrir.

En las escenas masoquistas, los ritos siempre buscan *suspender el tiempo*, demorarlo, prolongar la espera; se instituye además una pausa, una suspensión física (crucifixiones, colgamientos), que para él torna la escena en algo del orden de lo sagrado, lo artístico, lo estético y lo legal, pues establece un contrato persuasivo y pedagógico con el que prepara a su verdugo. La violencia se vuelve refinada, estilizada, subordinada al acuerdo.

En Sade, por el contrario, predomina la repetición mecánica en una escena atravesada de frialdad, apatía y crueldad: “era parricida, incestuoso, prostituí a y sodomizaba” (Deleuze, 1969, p. 64). Y, para él, estas prácticas son institucionalizables desde un pensamiento político en contra de la ley, pues sostiene que esta inmoviliza y moraliza las acciones. Por eso propone instituir la prostitución universal.

Ambas figuras –el sádico y el masoquista– *tergiversan la ley*, pero de modos distintos. El masoquista parte de la premisa de que la ley alimenta la culpa del que la obedece, entonces instrumenta el ser castigado como la vía para acceder al placer prohibido y, de esa manera, desviar o aliviar la culpa. El contrato, en este caso, busca enmarcar la transgresión dentro de una lógica de consentimiento.

Siguiendo esta línea de pensamiento, Deleuze (1969) postula una tesis fuerte: “La estructura del superyó pertenece por entero al sadismo (...) y la estructura del yo pertenece por entero al masoquismo” (p. 114). En el sadismo, acaece la negación de la madre y la valoración de un padre superyoico. En el masoquismo, se exalta la idealización de una madre fálica y la descalificación del padre.

Ambas posiciones atraviesan un proceso de sexualización, desexualización y luego una resexualización posterior, donde la violencia, el dolor, el sufrimiento y la crueldad se combinan de distinta manera en la economía libidinal de cada sujeto, procurando un goce singular e incompatible.

Desde esta perspectiva, se puede pensar que el superyó ejerce su poder sádico a través de distintos imperativos que empujan al goce tanático, mientras que el yo es el que anida el sufrimiento como un castigo, victimizándose, haciendo alarde de sus impedimentos y desgracias, regodeándose en forma obscena en esa posición masoquista en la que está cómodamente instalado. Ambos trastocan la ley, pero de distinta manera.

Es importante recordar que, para el psicoanálisis, no existe complementariedad estructural entre un sádico y un masoquista. La fantasía social de que se “complementan” no tiene correlato clínico, de lo que se desprende que un perverso nunca busca a otro perverso como partenaire.

Los perversos siempre buscarán como partenaire a un neurótico, a un psicótico o a un débil mental, que –al igual que ellos– serán usados como “meros instrumentos cosificados” para hacer gozar al Gran Otro.

En síntesis, los rasgos perversos que pueden alojarse en las neurosis no remiten necesariamente a una estructura perversa, pero sí permiten visibilizar zonas donde la castración ha sido escamoteada, el goce se cristaliza y la pregunta por el deseo queda silenciada. Estas formaciones cristalizadas plantean tensiones clínicas específicas en relación con la transferencia, la dirección de la cura y la posibilidad misma de un análisis. El capítulo siguiente profundizará en las distintas formas clínicas de las neurosis, sus particularidades estructurales y la manera en que estas pueden convivir –o confrontar– con la lógica de los rasgos perversos analizados aquí.

Capítulo 2: Algunas consideraciones acerca de las neurosis

Las palabras (...) pueden preñar a la histérica, identificarse con el objeto del penis-neid, representar el flujo de orina de la ambición uretral o el excremento retenido del goce avaricioso. (Lacan, 1953/2009, p. 289).

Este capítulo se propone explorar las principales modalidades neuróticas –histeria, neurosis obsesiva y fobia– desde una perspectiva estructural y clínica, destacando sus interrogantes inconscientes, formas de goce y modos particulares de relación con el Otro. Lejos de una clasificación rígida, el objetivo es analizar cómo, en cada estructura, operan la metáfora paterna y la inscripción de la castración, así como las defensas y ficciones que el sujeto erige para sostener su deseo.

A lo largo del capítulo se revisarán las características diferenciales de cada modalidad: la histeria, con su búsqueda de causar el deseo del Otro y su tránsito entre idealización y decepción; la neurosis obsesiva, marcada por la erotización del pensamiento, el control y la ambivalencia entre actividad y pasividad; y la fobia, entendida como estructura de viraje o con entidad propia, sostenida en estrategias para manejar la angustia frente a lo real. Asimismo, se abordarán fenómenos transversales a las tres neurosis –como la presencia de rasgos perversos, el narcisismo, la bisexualidad y las adicciones– que complejizan la clínica y requieren un diagnóstico diferencial preciso.

Las neurosis

Parto de considerar que el diagnóstico estructural dista de ser una simple clasificación nosológica destinada a rotular con etiquetas psicopatológicas a los pacientes. En psicoanálisis, un diagnóstico estructural implica el intento de dar cuenta de la posición inconsciente que el sujeto adopta frente a la castración del Gran Otro.

En este apartado pretendo efectuar una descripción general, sin olvidar que no hay dos neuróticos iguales, ya que se sostiene una concepción clínica desde la cual cada caso es único y requiere una escucha que apuesta al acercamiento a la singularidad de un modo de desear y de gozar propios de cada uno, atendiendo al mismo tiempo a los rasgos y lógicas comunes que definen las neurosis.

Desde Freud se distinguen tres tipos de neurosis –histeria, obsesión y fobia–, ejemplificados en sus célebres historiales clínicos: Dora (1905/1986, Vol. VII), el Hombre de las Ratas (1909/1986, Vol. X) y el pequeño Hans o Juanito (1909/1986, Vol. X). En “Inhibición, síntoma y angustia” (1925-1926'/1986), sostiene que la angustia en la histeria se manifiesta por la pérdida de amor del lado del objeto; en la neurosis obsesiva, la angustia se juega con relación al superyó y en la fobia la angustia se produce por la amenaza de castración.

Estas estructuras conllevan preguntas inconscientes y no están soldadas a un sexo o género. Aunque haya más frecuencia de casos clínicos de mujeres histéricas y varones obsesivos, es un error reducir el diagnóstico a “la histérica” o “el obsesivo”. Tal simplificación hace obstáculo a la escucha y desatiende que hay mujeres obsesivas, varones histéricos y estructuras fóbicas que no siempre son diagnosticadas como tales.

Lacan, en “Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis” (1953/2009), habla de *jeroglíficos de la histeria*, *blasones de la fobia* y *laberintos de la obsesión* (p. 270), expresiones que condensan la lógica singular de cada modalidad.

En la neurosis, según Lacan, operó la metáfora paterna: el significante Nombre del Padre sustituye al significante Deseo de la Madre, lo que trae

aparejado la inscripción de la castración mediante el mecanismo estructural de la represión secundaria. Como efecto, se instala la significación fálica, que abre tres preguntas inconscientes, diferentes en cada modalidad neurótica.

En la histeria, el interrogante fundamental es cómo causar el deseo en Otro. El sujeto obsesivo busca detentar lo que no tiene –el falo–, para darlo e intentar colmar el deseo del Otro que encarna su partenaire, aunque en realidad responda de manera errática a la demanda. El fóbico, por su parte, zigzagueando la castración, aspira ilusoriamente a ser o tener el falo para demostrar potencia, desplegando un brillo intermitente que impacta y seduce, pero que –con sus destellos evitativos– aparece y desaparece, tornándose enigmático y escurridizo.

En la vida laboral y social, el obsesivo, cuando se desempeña en cargos jerárquicos o docentes, suele oscilar entre ocupar el lugar de amo –tiránico, arbitrario y sádico– y el de esclavo: sometido, sobrecargado de responsabilidades y obsecuente. El fóbico, en cambio, suele ser omnipotente y, aunque narcisista, se muestra empático, distrae y utiliza el control como estrategia para prever y anticiparse a las distintas situaciones. El histérico, a través de la máscara que seduce, intenta encubrir con su propia inconsistencia la falta en el Gran Otro.

La neurosis histérica

La histeria ha cambiado de ropajes a lo largo del tiempo. Hoy son menos frecuentes las histerias de conversión que observaba Charcot en la Salpêtrière de París.

Desde el psicoanálisis, la pregunta inconsciente en la histeria gira en torno de la sexualidad: para la mujer, ¿qué es ser una mujer?; para el varón en posición histérica también aparece esta pregunta, ¿cómo ser hombre para estar con una mujer? Esta incógnita se formula a través de distintos modos de mostrar la inconsistencia de su masculinidad: feminizándose, infantilizándose, impotentizándose, adoptando el estilo metrosexual o la impostura del gran

seductor, más autoerótico que dirigido al otro. Asimismo, están quienes pasan horas en el gimnasio para desarrollar un cuerpo musculoso y atlético a fin de compensar sus inseguridades y temores. Muchos de estos histéricos persiguen una estética casi femenina: depilación definitiva, cremas, cirugías y esmerada atención a su vestimenta. Las chicas a las que seducen suelen llamarlos “princesos”: las cautivan y luego, casi inmediatamente, dejan (“gostean”).

En *El desafío de ser varón y padre en la actualidad* (González, 2022), ya abordé el tema de la costosa construcción que implica la masculinidad. Desde una perspectiva de género articulada con el psicoanálisis, planteo que la subjetividad masculina está impregnada de fantasmas de infantilización y feminización que dificultan asumir y sostener un vínculo gratificante con una mujer. El patriarcado generó un tipo de masculinidad machista, violenta, cosificante y dominante que intentaba esconder los fantasmas antedichos y que no solo perjudicó a las mujeres, sino también a los varones, imponiendo una impostura imposible de sostener.

En la actualidad, vemos justamente muchas de estas masculinidades que “tocan y se van”, mostrando un histeriqueo fóbico (evitativo) que revela una virilidad inconsistente y poco comprometida en todos los ámbitos. La histeria, en la subjetividad masculina, es poco favorable ya que su masculinidad siempre se siente en algún punto inconsistente, interpelada y bajo sospecha.

Francois Perrier, en “Estructura histérica y diálogo analítico” (1987), señala que el hombre histérico encarna síntomas más o menos estables de impotencia sexual –fiasco o eyaculación precoz–, que si bien están presentes en todas las estructuras son más frecuentes en los histéricos. Al ubicarse inconscientemente en el lugar del que “no tiene” y “no puede”, le resulta dificultoso sostener la erección, perpetuando así su insatisfacción.

El síntoma de no erección o su pérdida suele presentarse cuando el deseo femenino se manifiesta para él como una exigencia ineludible; entonces, queda paralizado y la única respuesta posible es “no tengo el falo, no puedo”. En el caso de la eyaculación precoz, muchas veces percibe el goce femenino como tan inmenso y amenazador que siente que solo un “Dios” (Macho todopoderoso) podría satisfacerlo, por lo que anticipa el orgasmo y se ausenta

de la escena. Lacan (1971/2009, Sem. 18) sostiene: “Ciertamente es más fácil para el hombre enfrentar a cualquier enemigo en el plano de la rivalidad que enfrentar a una mujer” (p.33).

A estos síntomas se suman el temor a la castración: fantasía inconsciente de la “vagina dentada” de Melanie Klein (1932/2012), que devoraría el pene, y el fantasma de “la mantis religiosa”, ese insecto hembra que mientras copula con el macho le come la cabeza, que Lacan retoma en el *Seminario 8* (1960-1961/1977). También, el fantasma homosexual, que Perrier (1987) formula como “la imposibilidad de ser indiferente ante la estampa de un hombre hermoso” (p. 176). Aquí el varón se compara y se siente disminuido frente a otro hombre con determinadas insignias relativas a algunos ideales que exhiben, lo que llamo “el brillo fálico capitalista”: el ganador, el fachero, el exitoso profesional o deportivo, el productivo económicamente, el que seduce a muchas. Con la propia mujer, es muy común que aparezcan los celos con un matiz paranoide.

A menudo, para aplacar la angustia y la ansiedad, el histérico recurre a las llamadas sustancias embriagadoras: “Para el histérico que trata de demostrar que es un hombre, a la vez que se acusa secretamente de lo contrario, la droga es un elixir del que difícilmente se lo pueda privar” (Perrier, 1984, p.178). Aquí podemos agregar el consumo de alcohol y de psicofármacos.

Raúl Yafar (2002) señala que algunos varones histéricos mantienen una “relación homosexual femenina” con las mujeres, tienen muchas amigas y la relación es de una a una, es como la amiga más confiable de cada una; aunque no sea homosexual, se mimetiza con ellas por su posicionamiento infantil.

Es importante señalar que este fantasma homosexual aparece habitualmente también en la mujer histérica; esto se muestra en casi todos los historiales clínicos de Freud. Con bastante frecuencia, se suele observar que la histérica se viste y busca la mirada no solo de los hombres, sino la de otras mujeres, es a ellas a quién exhibe su brillo fálico encarnado en su cuerpo, su rostro, su diálogo encantador, que luego de un rato se puede tornar insidioso e insoportable. Freud (1908/1986, Vol. IX) lo asocia con las fantasías histéricas y su relación con la bisexualidad:

(...) el significado bisexual de los síntomas histéricos, demostrable por lo menos en numerosos casos, es por cierto una prueba interesante de la aseveración, por mí sustentada, de que la disposición bisexual que suponemos en los seres humanos se puede discernir con particular nitidez en los psiconeuróticos por medio del psicoanálisis. (p. 146)

Por su lado, la mujer histérica tiene “todo un tema con su cuerpo”, ya que pretende hacer de su cuerpo “un todo falo”. Muchas veces presenta desarreglos alimenticios que luego suelen ser disfrazados de dietas vegetarianas, veganas, ayunos intermitentes, vómitos y, en ocasiones, exceso de gimnasio, pasando además por alguna o varias cirugías estéticas:

Los cuerpos no reformados ni intervenidos son avergonzantes, ofensivos para la vista, y siempre dejan mucho que desear, pero por sobre todas las cosas son la prueba viviente del fracaso, la ineptitud, la ignorancia e impotencia y la falta de recursos del yo (...); una vez “tuneado” el cuerpo se tornará visible. (Bauman, 2007, en Rodríguez, 2015, p. 72)

Estas formas de intervenir el cuerpo no solo se presentan en las neurosis. Aparecen también en estructuras psicóticas y perversas, como formas de acción sobre lo real del cuerpo, que se vinculan con la no aceptación de la castración: lo que no operó en lo simbólico (renegación o forclusión) se intenta, muchas veces en forma fallida, “operar” en lo real, de tal manera que “lo que natura no da se puede comprar en el mercado de la cirugía estética”, aunque solo calme por un tiempo.

Considero relevante destacar que algunas de estas intervenciones estéticas, sobre todo cuando son puntuales y acotadas, permiten corregir en la imagen alguna parte del cuerpo que el sujeto vive como un daño “de fábrica”, una herida narcisista que le dificulta posicionarse como sujeto deseable. Después de esa intervención, el sujeto siente cierta seguridad subjetiva, seguridad que se ve favorecida si se encuentra en un proceso de análisis en el que se intenta en la escucha “operar” desde otro lugar.

En las neurosis, tanto estas mujeres como estos varones buscan narcisísticamente un cuerpo bello y escultural, respondiendo al mandato social imperante del cuerpo hegemónico y joven, que causa el deseo en muchos y la envidia en

otros por el impacto estético que convoca a la mirada deseante de los demás. Se trata de una búsqueda que suele enmascarar la vacuidad del ser y compensar sensaciones de desvalimiento y desamparo.

Esta mascarada sensual erotizante, con frecuencia, se desexualiza cuando hay que poner “la carne en el asador”, el cuerpo en un encuentro sexual con el otro, transformándose en desencuentro, “un gran fiasco” impregnado de inseguridades, impotencias e insatisfacciones.

También la inteligencia, que va más allá de la sumatoria de conocimientos, puede deslumbrar con su propio brillo, funcionar como anzuelo que capta el deseo de saber que yace en los neuróticos. Este tipo de seducción no siempre va acompañado del aspecto físico; por ello, suele observarse en parejas asimétricas desde el punto de vista etario y estético.

Por otro lado, en nuestra cultura actual surgen nuevos significantes en los adolescentes y jóvenes para designar estereotipos de belleza y de comportamiento social, que siempre existieron con otras marcas. Si bien considerados como superficiales y poco inteligentes por otros, siguen la masa, se mueven en manadas, concurren a los mismos lugares, buscando el reconocimiento entre sí.

Así, la “rubia tonta” de antes, ahora es la “milipili”, el “tincho” o el “turro”, prejuicios atravesados por la clase social y el consumo cultural: predominan determinados gustos musicales, formas de vestirse y particularidades en el lenguaje, significantes que con el tiempo serán sustituidos por otros.

Asimismo, emerge otra versión histórica en mujeres y varones que se opone a la anterior, figuras no hegemónicas y andróginas, que producen un impacto estético diferente, rechazadas por algunos y aprobadas por otros. Esto es, el parámetro no es siempre la belleza; a veces, la fealdad o lo bizarro pueden generar dicho impacto.

En todos los casos prevalece la inconformidad: la búsqueda de perfección en unos, la resignación en otros, o la posición negadora y hasta confrontativa que pronuncia la frase “de los cuerpos ajenos no se habla”, enunciando un discurso

políticamente correcto, frente a cuerpos que sí se evalúan, se los califica o descalifica en silencio.

Según Lacan, en la histeria, hay un deseo insatisfecho y una identificación al padre impotente que coloca al sujeto en el lugar de la falta –lo que no puede, no sabe, no tiene–, demandando siempre la presencia de otro/a como auxilio o testigo de su desgracia.

En ocasiones, otra mascarada posible es la posición de la histérica fálica, la que cree tener o ser el falo y busca dejar en falta a los demás, no hay uno que le venga bien. Suele ser militante férrea de alguna ideología que defiende a capa y espada, atacando a quien cuestione alguna de sus teorías, pues si piensa distinto, es “su enemigo”.

Al respecto, es significativo que, en la histeria, la idealización siempre da paso a la decepción, cronificando la insatisfacción; en algunos casos, puede llegar a melancolizarse.

A continuación hago referencia a lo anterior con algunas viñetas clínicas. Aclaro además, que no trabajo con sesiones cortas, aunque tengo en cuenta los tiempos lógicos.

Caso de neurosis histérica

Recuerdo el caso de una mujer de casi 40 años que llega a la consulta con la típica queja histérica de “no encontrar pareja”. Relata que ha salido con varios hombres: algunos más jóvenes, que califica como vagos, inmaduros, drogadictos y vividores; otros, hombres más solventes económicamente pero casados que le mentían diciéndole que se estaban separando y nunca lo hacían, por lo cual su frustración se acrecienta.

En el relato de su familia, menciona que su padre es un hombre elegante “con facha” pero fracasado en todos los negocios que emprendió y que no comprendía por qué estaba casado con su madre, una ama de casa obesa, poco

inteligente, un tanto descuidada, a la que ella rechazaba y de la que buscaba diferenciarse mediante un cuerpo atractivo trabajado en el gimnasio, muy buena vestimenta y logros profesionales, que le permitieron adquirir, por sus propios medios, un auto nuevo y construir su casa en un barrio privado con el jardín y la piscina que siempre quiso tener.

Su análisis circulaba alrededor de su “falta de suerte con los hombres”; muchas de sus amigas, no tan lindas como ella, formaron su familia, tenían un esposo e hijos. Menciona que su madre le repetía: “La suerte de las feas las lindas la desean”, a lo que se intervine con “Dicho por la madre, hecho por la hija” (y se da por terminada esa sesión). En otros momentos, recuerda que su madre cada tanto comentaba: “Qué raro, tus hermanas se casaron, tus primas también y vos, que eras la más linda del barrio y de la familia, te quedaste sola”. Algo del estrago materno se perfila en estos dichos maternos que atraviesan la psiquis y el cuerpo de esta paciente.

Tras una intensa relación clandestina con un hombre más grande casado, su última relación, que duró casi tres años con idas y vueltas, se embaraza y decide abortar por la falta de compromiso y las promesas incumplidas de este señor del que se separa por un tiempo. Cuando ya está viviendo en su nueva casa, él reaparece con un regalo: una perra cachorra ovejero alemán y ella la recibe, pero él “se va para no volver”. Ella, que había planificado un viaje a Europa con amigas por un mes, se queja reiteradamente de la “perro sola”: “qué hago con ella”, “con quién la dejo”, “si yo cierro mi casa, la perro está sola”, “trabajo todo el día y la perro está sola”, “no puedo suspender el viaje y la perro está sola”.

Ante la repetición insistente de ese significante, intervengo diciéndole “Y la perro está sola” e interrumpo la sesión. La frase devuelta en la intervención analítica abre un despliegue de significaciones de las palabras “perro” (mujer perro, puta, promiscua, etc.), posiciones y mascaradas femeninas que constituyen formas de diferenciarse de esa imagen materna que desvaloriza, pero cuyas palabras tienen un peso de destino para ella: “sola”, eco de la sentencia materna “te quedaste sola”.

En suma, en las neurosis, el narcisismo, con frecuencia, contribuye a un marcado aislamiento subjetivo y dificulta el establecimiento y sostenimiento de vínculos más o menos saludables.

La neurosis obsesiva

Para Freud, en la neurosis obsesiva acaece una erotización del pensamiento; por esta razón, aparecen las dudas, ciertas ideas fijas que se instalan en forma involuntaria y fantasías que generan esa típica masturbación mental.

La analidad rodea la vida psíquica: la necesidad de controlar las situaciones y a los demás (pareja, hijos, amigos) remite al control de esfínteres en respuesta a la Demanda materna.

El obsesivo vive pendiente de responder a la Demanda del otro, creyendo que así le satisface el deseo, certificando imaginariamente “que tiene el falo para darlo”. Esta ilusión se resquebraja cuando el otro no responde como esperaba o su entrega no resulta suficiente. Entonces, puede manifestar el descontrol de la agresividad que “ensucia” los vínculos y las situaciones potencialmente gratificantes (fiestas, vacaciones, contextos laborales). Luego sobrevienen la culpa, la formación reactiva y los intentos de reparación a través de regalos (representaciones de las heces que le ofrendaba a su madre).

Su discurso suele ser detallista, con muchos rodeos y la pretensión de decirlo todo, se torna aburrido y manifiesta dificultades para asociar. Puede tomar la sesión como un confesionario donde deposita sus “heces” simbólicas: pensamientos y fantasías prohibidas, cargadas de obscenidad y crueldad, buscando la absolución de sus pecados que volverá a demandar en la sesión siguiente. Sin llegar a nivel de un TOC (trastorno obsesivo compulsivo), suele presentar rituales que le permiten, por poco tiempo, apaciguar la angustia frente a lo desconocido del deseo del Otro.

Freud plantea la dupla actividad–pasividad en esta estructura: a veces se caracterizan por ser activos, productivos y perseverantes; otras veces,

pasivos, procrastinadores y abúlicos. Todo lo cuantifican: afectos, dinero, sexo, conocimientos, favores hechos y recibidos. Les cuesta estar en deuda; prefieren que los demás les deban, lo que les otorga una ilusión de poder y derecho a “pasar factura” (da, pero luego cobra). En el extremo opuesto, algunos viven endeudados tratando de satisfacer a los que lo rodean o de sostener una impostura de opulencia.

Lo anal se expresa también en su extrema limpieza y orden, que en ocasiones se intercala con su marcada suciedad y caos. Se regodea con los olores y las secreciones de su cuerpo. Monique Schneider (2003) refiere a las “excitaciones olfativas” relacionadas con lo excremental y lo menstrual, que luego –por el mecanismo de represión– se verán reducidas en favor de la aprehensión visual.

Esa polaridad como dije también sucede en el trabajo: son proactivos y tenaces, ubicándose como los proveedores económicos; desde allí ejercen control y poder fálico. Otras veces sus ocupaciones laborales se les tornan monótonas y mediocres, para caer en etapas de vagancia, pasividad y quietud. Muchos se instalan tempranamente en ese lugar (de muerto, identificación con el padre muerto), actuando un “como sí” constante: buscan empleos que nunca encuentran (quieren ser gerentes), se “estacionan” en carreras que cronifican y, cuando las terminan, no ejercen, duran poco en los trabajos, de vez en cuando hacen una “changa”. En definitiva, se las arreglan para ser históricamente mantenidos/as: primero por los padres, hermanos, luego por una pareja y finalmente por los hijos.

Esta oscilación también se observa en el orden ético-moral porque suele aparecer una doble moral: respeta a rajatablas la ley, pero en ocasiones la transgrede en escenas de clandestinidad.

Para Lacan, su identificación es con un padre muerto y su deseo es imposible, ya que vive respondiendo a las Demandas del Otro. Su pregunta fundamental es sobre la existencia: ¿estoy vivo o estoy muerto? Suele sentir que está muerto en vida y no le encuentra sentido a nada.

Algunas manifestaciones del deseo imposible se advierten en el “solterón” o la “solterona”, sujetos solitarios que se aíslan en su casa, demarcando el

espacio y el tiempo con rituales inflexibles que no pueden ceder, acompañados solo con alguna mascota con la que hablan, comen, ven alguna serie, salen a caminar, la que sobre todo no los contradice. Los contactos humanos son fugaces, restringidos y efímeros, se pelean con casi todos, “chusmean” la vida de los otros a través de las redes y pocas veces se reúnen con ellos, pues pondrían en riesgo la “tranquila rigidez de su rutinaria vida”.

En el ámbito laboral, si tienen gente a cargo o son docentes oscilan entre gestos de generosidad y marcados momentos de sadismo, particularmente cuando se descompensan y fracasa el mecanismo de formación reactiva. Suelen fluctuar entre las posiciones de amo y esclavo, buscando en forma solapada el control de las situaciones.

En el varón obsesivo, el deseo imposible se observa cuando, al conquistar a la mujer que tanto deseaba, sobreviene la degradación sobre esa mujer y ya no la desea más, racionalizando “es una «mina» fácil”, “puede ser una vividora”, “con cuántos habrá salido”, “quiere casarme”, “no es tan linda”, “es poco inteligente y aburrida”, etc. Esta dinámica se vincula con la bisexualidad que le dificulta posicionarse como varón:

Podría pensarse, entonces, que la mujer para el hombre se presenta con lo íntimo: lo íntimo de su ser y lo más externo a él. Ello le produce como efecto algo que lo inquieta y lo alborota, sintiéndose paradójicamente perseguido y excitado por esa mujer; por eso, en muchos casos la tiene que subestimar, maltratar, dominar, poseer sexualmente, cosificar y finalmente descartar. (González, 2018, p. 63)

Es en el obsesivo en quien se expresa con más fuerza la polaridad descripta por Freud frente a la elección de objeto: por un lado, quiere una mujer a modelo de la madre y, por otro, busca a la “puta”. Alrededor de esta dimensión gira muchas veces la torturante duda que lo atraviesa y que imposibilita su deseo, posicionándose como un auténtico cobarde. Lacan, en *Radiofonía y Televisión* (1970/1977), “habla de la cobardía moral para referirse a la depresión como una forma de defensa destinada a no asumir el propio deseo y el costo que hay que pagar por ser un sujeto deseante” (González, 2022, p. 65).

Las fantasías sexuales por excelencia en el varón obsesivo, generalmente, incluyen el sexo anal y el deseo de estar con dos mujeres, donde la escena lésbica juega un fuerte poder excitante, creyendo ilusoriamente que va a poder satisfacerlas. Su marcado autoerotismo, se observa en cierta fijación en la pulsión escópica que se manifiesta en el consumo de pornografía.

En la orientación homosexual, se mantiene la misma forma de vincularse con los posibles salientes o con su pareja: necesidad de posesión, poder y control, que se alternan con etapas de sometimiento, culpa y miedo al abandono.

Los celos ocupan un papel relevante en el varón obsesivo; se pone paranoide respecto de los posibles amantes de su partenaire y sobre todo de los “ex”, porque implican aceptar que hay una parte de la historia de su pareja que asocia con el deseo y con el goce que obtuvo con otro, que jamás podrá conocer ni controlar. Esto lo lleva a laberintos del pensamiento que se tornan tormentosos, hostigando a su pareja y obligándola a relatar, casi bajo juramento, con lujo de detalles, las experiencias sexuales que vivió en su pasado y que luego le reprochará.

Estos celos, en las neurosis en general, remiten a lo que Freud llamó *fantasía homosexual*, porque en definitiva son ellos/as los/as que, inconscientemente, quisieran estar con ese otro/a.

En la mujer obsesiva, el deseo imposible se traduce en una vida orientada a responder a las demandas de todos: madre, hijos, obligaciones de su casa, de su trabajo, de las amigas, de la iglesia y, obviamente, demandas de su esposo al que intenta satisfacer en todo, especialmente en la comida y “poniendo a disposición todos los orificios de su cuerpo” (aunque ofrezca un cuerpo muerto en el deseo), para *tener* todo bajo control y asegurarse de que el marido no busque afuera lo que ya tiene en casa. Así, cree responder, de la manera más completa posible, al ideal de que una *verdadera mujer* es “una señora en la mesa y una puta en la cama”.

Oscila entre la posición de la señora pulcra, que limpia minuciosamente para expiar alguna culpa o pensamientos inconfesos, y la mujer sucia y abandonada que oculta la mugre bajo la alfombra.

Con frecuencia, este andamiaje imposible de sostener se derrumba e irrumpe la furia y el dolor cuando los hijos no responden como ella espera, cuando se siente sobrecargada y no reconocida, cuando el marido la deja por otra.

Otra versión de la obsesiva es la mujer rígida, fría, frígida, desafectiva, andrógina, desexualizada y llena de rituales.

En general, los/as obsesivos/as han sido tempranamente libidinizados/as por una madre insatisfecha que les demandó dar lo que el esposo no le dio nunca. Allí arranca la exigencia de tener para dar y de que el otro reciba con gusto lo ofrecido; de lo contrario, sobreviene el enojo, la descalificación y la sentencia. Al respecto, Leclaire (1984) señala: “El único privilegio que reserva para sí es el de exponer —a quien quiera escucharlo— su duda, y más aún el privilegio de impugnar, de anular, la decisión del otro”. (p. 134).

Posee un superyó tirano que lo/a impele a la perfección y le alimenta una posición crítica constante: es el/la Gran Crítico/a, considera que el mundo está lleno de imperfecciones, es minucioso/a y detallista, siempre encuentra el “pelo en la sopa”. En ocasiones, formula una pseudoautocrítica, colocándose en una posición autopunitiva y miserable (fantasma masoquista), que provoca el rechazo de los demás.

Caso de neurosis obsesiva

Recuerdo que, hace varios años, me consulta un paciente de aproximadamente 45 años, está casado, tiene tres hijos y trabaja como empleado en la empresa de su suegro. Es un estudiante crónico: alterna períodos de cursado y abandono de una carrera universitaria.

Llega a la consulta con un elevado monto de angustia y de ansiedad que gira alrededor de pensamientos homosexuales que se le imponen. Relata conductas compulsivas que consisten en concurrir a saunas y cines porno gay “solo a mirar y encontrar a alguien para hablar”, sin buscar contactos sexuales. Sin embargo, estas visitas suelen culminar en una descarga masturbatoria.

Este circuito lo llena de culpa y angustia, que solo amortigua en parte recurriendo a ciertos rituales: buscar un sacerdote y confesarse, para luego llegar a su casa, bañarse y lavarse las manos varias veces. Después, lo embarga un estado de tristeza, acompañado de un marcado sentimiento de falta de sentido de la vida, con ideas de muerte, razón por la cual hace años que está en tratamiento psiquiátrico medicado con antidepresivos; es importante aclarar que nunca ha intentado suicidarse.

En sesión, su discurso era detallista, relataba minuciosamente todo lo que había hecho en la semana. Cuando intervenía para que fuera más conciso, le costaba renunciar a su larga descripción, centrada en todo lo que trabajaba para satisfacer a los demás y en la falta de signos de valoración y reconocimiento por parte de su entorno. Su relato estaba impregnado de quejas por el maltrato que recibía de los otros: de su padre que lo descalificaba, como lo hace actualmente su esposa, de su suegro, sus hijos y los clientes del negocio. A menudo, incluía comentarios autopunitivos –“no sirvo para nada”, “soy un inútil”–, que reforzaban esa posición de desvalorización y sometimiento que vivía en el trabajo y en la familia.

Si bien venía de tratamientos anteriores, su dificultad para implicarse inicialmente me hizo dudar del diagnóstico de neurosis y me llevó a considerar la posibilidad de una psicosis. Fue la transferencia la que me permitió luego de un tiempo descartar esta última.

Su entrada en análisis estuvo marcada por un episodio puntual. Como es frecuente en la neurosis obsesiva, la erotización del pensamiento se hizo presente en el espacio analítico. De manera resistencial, insinuaba una transferencia erótica sin ponerla en palabras. En una sesión, visiblemente incómodo, sacó de su agenda una revista porno gay, me la entregó y dijo: “Mire, esto es lo que me pasa con usted”. Recibí la revista, la rompí en pedazos y se los devolví diciéndole: “Usted viene a este espacio a otra cosa; lo espero la semana que viene”. Acto seguido, di por terminada la sesión.

Podría advertir aquí la presencia de un rasgo de perversión que no pasa únicamente por el fantasma homosexual, sino que incluía el fantasma masoquista que impregna su subjetividad. Podría pensarse que esto fue un

acting, una puesta en escena para el Otro, algo que no fue escuchado por el analista y que se actuó.

Nuestra praxis es sin garantías, podría haber hecho un pasaje al acto. Mi intervención fue anticipatoria, no sabemos sino *a posteriori* cuál puede ser el efecto de tal intervención: más o menos acertada, o aberrante pero no inocua.

Cuando me dice “mire”, me convoca a ser su partenaire, cómplice o garante en una escena de goce escópico que, como todo goce, siempre es incompatible. Mi respuesta fue una acción poco reflexionada, romper frente a su mirada el material concreto que transportaba parte de su pulsión. Podría pensarse en la caída del lugar del analista: su acción me dividió y le respondí con otra acción que intentaba ponerle un corte al goce. ¿Puede considerarse un acto analítico o una falla y falta de escucha del analista? Lo dejo abierto a discusión.

Lo cierto es que en la próxima sesión se mostró un tanto avergonzado, diciendo que nunca esperó esa respuesta en mí. Solo lo escuché en silencio, la verdad es que tampoco yo esperaba reaccionar así. A partir de ese momento comenzó a hacerse algunos interrogantes.

Lacan señala que el analista debe estar “sin memoria y sin deseo”; en el *Seminario 8* (1960-1961/1977) habla de la “apatía” del analista, ser semblante, intentar sostener el poder discrecional del oyente, tiene que ocupar el lugar de objeto “a”. Solo el tan mentado trípode freudiano nos posibilita tramitar una praxis que no está exenta de caídas y recuperos.

La neurosis fóbica

Freud la denominaba *histeria de angustia*. Para Lacan, la fobia no es una estructura con entidad propia, sino una *estructura de viraje*, que se manifiesta como una placa giratoria donde debajo subyace una estructura histérica u obsesiva. Considera que la fobia es un llamado al Nombre del Padre que ha operado de manera deficiente, dejando al niño desamparado frente a una madre devoradora. Al respecto, retoma el caso del pequeño Hans (o Juanito) y

emplea la metáfora de la “madre cocodrilo” que lleva a sus hijos en sus fauces para cruzar el río, pero que, si una mosca se posa sobre ella, cierra la boca y traga a su cría.

Cuando se refiere a “blasones de la fobia”, alude a la estrategia que el sujeto utiliza para manejar la angustia y la ansiedad que le provoca el objeto fóbico. Puede entenderse también como una representación simbólica, acompañada de un ritual que el fóbico emplea para intentar manejar la angustia frente a la incertidumbre de lo real que siempre acecha.

Los fóbicos suelen presentar algunos rituales que pueden confundirlo con el obsesivo, pero estos rituales cumplen la función de objeto contrafóbico que permite aplacar la ansiedad.

Lacan sostiene que en la fobia hay un “deseo prevenido” y una identificación con el padre potente *antes de caer*. Este deseo prevenido se plasma en pensamientos y conductas anticipatorias que buscan evitar que la realidad lo tome por sorpresa. Así, imaginariamente controla lo que podría suceder, aunque nunca de forma absoluta.

Su marcado narcisismo se explica, por un lado, por esa madre que inicialmente lo libidinizó como falo, como joya o trofeo valioso que le pertenecía a ella –“la Reina”–, con el riesgo de pervertirlo o devorarlo. Por otro lado, interviene también la identificación con ese padre potente antes de caer. Ambas situaciones “enchapan en oro” el yo del fóbico, entendiendo al yo como un conjunto de identificaciones desordenadas.

¿Por qué Lacan habla de una identificación a un padre potente antes de caer? Tal vez porque, por estructura, el padre siempre cae, aunque vuelva a levantarse o el/la hijo/a lo levante en su imaginario.

Es clave diferenciar la estructura fóbica del síntoma fóbico, ya que este último puede manifestarse en las otras dos neurosis. Aunque la fobia se presenta con frecuencia como estructura de viraje, mi experiencia clínica de décadas me lleva a pensar que es una estructura con entidad propia, como lo son la histeria y la obsesión. Quizás sea la más difícil de diagnosticar de todas, ya que es huidiza y camuflada, y porque puede confundirse con las otras dos: combina

la tenacidad y los rituales del obsesivo —que le permiten anticiparse, salir y moverse en la realidad— con la seducción, el toque de buen humor y la empatía de la histeria, que “sale” a escena; aun cuando por dentro lo invada el miedo, se repone y aparece sosteniendo en los demás una atención expectante.

Cuando logran vincularse en pareja, suelen tomar al partenaire como un objeto contrafóbico -acompañante, que le brinda una cierta estabilidad tranquilizadora.

La omnipotencia y su ferro narcisismo favorecen un Yo asertivo, por lo que suelen ser sujetos exitosos, con ductilidad para adaptarse a los distintos contextos y sutileza para conseguir sus propósitos, sumando cierto encanto en los vínculos interpersonales. Sin embargo, en ocasiones pueden evidenciar intervenciones punzantes cuando detectan que el otro es inconsistente o potencialmente agresivo. Como todo sujeto, tienen su talón de Aquiles: ese punto en que la castración puede sorprenderlo.

Esta omnipotencia a veces lo lleva más allá de la ley, con conductas transgresoras que pueden confundirse con la perversión. Con frecuencia se sostiene que la fobia, dentro de la estructura neurótica, constituye el límite con la estructura perversa. No hay que olvidar que el sujeto neurótico conserva algo del niño polimorfo perverso que fue, de la bisexualidad descrita por Freud, y que se refugia en su fantasma, presentando a veces los rasgos de perversión antes descritos. De ahí la importancia de realizar un diagnóstico diferencial y estructural preciso.

Caso de neurosis fóbica

A continuación, relato un **caso clínico** que permite pensar la fobia como estructura.

Se trata de un paciente de alrededor de 30 años; consulta porque, según sus palabras, le cuesta “asumir decisiones adultas” con relación a su vida afectiva. Ha tenido noviazgos largos y, cuando estas novias le exigen formalizar la relación mediante convivencia o matrimonio, huye evitando continuar el

vínculo. Todas, según refiere, le reprochan: “Jugaste conmigo, me hiciste perder el tiempo”.

Relata que proviene de una familia de clase media, religiosa. El padre, muy trabajador pero con ingresos “insuficientes”, nunca lograba cubrir las necesidades; la madre, ama de casa y modista, realizaba obras de beneficencia, ayudando a familiares y a personas de la iglesia con el sueldo de su esposo. Desde niño, él y sus hermanos mayores presenciaban acaloradas discusiones entre sus padres por este motivo.

En la escuela primaria su rendimiento no era bueno y a menudo no terminaba de copiar las tareas porque se distraía jugando, dispersando a sus compañeros o jugando solo, algo que continuaba en su casa y que requirió apoyo extraescolar. Era un niño poco obediente y confrontativo, sobre todo con su madre, a la que estaba muy apegado y que, cuando él desobedecía o le contestaba mal, lo perseguía para propinarle una golpiza.

Describe a su padre como “un hombre bueno” pero sometido a su esposa y al trabajo. En una época fue gerente, luego lo destituyeron por no tener título universitario, por lo que hubo de sumar un segundo empleo por la tarde.

De niño, tenía miedo a la oscuridad y terrores nocturnos, lo que lo llevaba a dormir en la cama de sus padres. En la secundaria solo reprobó una materia y fue elegido “mejor compañero” todos los años. En la universidad tuvo un excelente rendimiento, que le permitió terminar la carrera en poco tiempo y cursar posgrados mientras trabajaba en distintas empresas, hasta alcanzar cargos ejecutivos.

Esto le permitió adquirir su propio departamento, que solo utiliza como “telo” con su novia de turno, pues prefería seguir viviendo con sus padres. Ante esta situación decía: “Lo hago por comodidad, tener la ropa limpia y planchada, la comida caliente; aunque yo les pago la empleada, el supermercado y los impuestos, son jubilados”.

Recalca que disfruta de su trabajo, que lo vive como un juego, todo lo torna lúdico tanto en el ámbito laboral como en los encuentros con sus amigos y familiares.

En el análisis, luego de un largo tiempo, aparece un recuerdo infantil significativo sobre el que se detiene: desde que tiene memoria, entre los cuatro y cinco años en adelante, su madre sufría desmayos en cualquier lugar de la casa y en cualquier momento, muchas veces cuando estaban solos. Esto le provocaba un elevado monto de angustia, corría a pedir ayuda a los vecinos, quienes venían en su auxilio y llamaban a la emergencia, mientras él tomaba fuertemente su mano sin separarse de ella. Al recobrar la conciencia, la madre lo miraba y le decía: “Que Dios me dé vida para no dejarte niño”. Esta frase se repitió durante años, hasta su adolescencia, cuando después de varios estudios se descartaron cuadros epilépticos o cardíacos y se la derivó a tratamiento psicológico y psiquiátrico. Podría hipotetizar que se trata de una histeria de conversión.

Bajo transferencia, y tras un largo proceso de análisis, se pudo inferir que esa frase materna operó como un axioma inconsciente. Sabemos que en el inconsciente no existe el “no”, por lo que la frase también podría leerse como: “Que Dios me dé vida para dejarte niño” o “Mientras yo viva serás un niño”. Algo del superyó materno se condensa ahí: los niños juegan, no se casan, no forman familias ni se independizan.

Podría pensarse que el apego a la madre y cierta identificación con un padre que tuvo un momento de brillo pero luego se apagó, dan cuenta de una función de corte que no operó eficazmente con la ley del incesto. Estos factores favorecieron la conformación de un yo fuerte, capaz de recibirse, destacarse profesionalmente y superar al padre. Sin embargo, ese logro no es sin costo: en cada mujer, algo de la madre devoradora y desfalleciente se presentifica frente al deseo y el goce femeninos, percibiéndose “insuficiente”, pequeño, para responder como varón a “decisiones adultas”.

Acerca de las adicciones en las neurosis

Freud, en la Carta 79 (1897/1986), sostiene: “Se me ha abierto la intelección de que la masturbación es el único gran hábito que cabe designar «adicción primordial», y las otras adicciones sólo cobran vida como sustitutos y relevos de aquella (el alcoholismo, morfinismo, tabaquismo, etc.)” (Vol. I., p. 314).

En “El malestar en la cultura” (1929-1930/1986, Vol. XXI), afirma:

Si bien se sabe que con la ayuda de los “quitapenas” es posible sustraerse en cualquier momento de la presión de la realidad y refugiarse en un mundo propio que ofrece mejores condiciones de sensación, es notorio que esa propiedad de los medios embriagadores determina justamente su carácter peligroso y dañino. (p. 78)

Lacan propone que, en la adicción, hay una ruptura con el goce fálico, con “la cosita de hacer pipí” (caso Juanito), propiciando un intento de romper con el lazo social.

Adicto proviene del término *adictus*. El mismo término hacía referencia a una condición de esclavitud que podía adquirirse a partir de haber contraído una deuda. Al no poder responder a ésta, sólo podía saldarse con el trabajo del propio cuerpo; es decir *adictus* era un esclavo como condición no heredada. (Conocente y González, 2007, p. 41)

Podría pensarse que existen distintos grados de “esclavitud”, que dependerán del caso por caso. Braunstein (2006) describe realidades muy crudas, difíciles de revertir: “Se trata de una necesidad planteada en términos absolutos, de vida o muerte: o hay goce químico o hay la nada. El sujeto queda abolido, reducido a la condición de desecho” (p.280).

Este autor sostiene, además, que el sujeto alcohólico y el droga-a-dicto, con su consumo, impugnan una deuda simbólica que consideran eterna e imposible de pagar, y que mantienen con un acreedor que es el Padre en tanto gran Otro omnipotente. También marca una diferencia aparente: en los varones adictos se presenta con mayor frecuencia la impotencia sexual; en las mujeres adictas, en cambio, predomina la promiscuidad, donde el cuerpo se convierte en un objeto

de escaso valor que se entrega a cualquiera. En ambos casos, la castración no ha sido simbolizada y, por lo tanto, el deseo queda en gran parte obstaculizado.

A partir de la clínica se puede inferir que no todo goce es fálico. Algunos adictos son neuróticos, pero en ellos opera un goce que no está regulado por la ley del padre. Sabemos que esta ley no funciona de manera perfecta: quedan hebras conectadas con la ilusión de consistencia del Gran Otro, lugar donde se aloja ese goce extraño que va más allá de la ley paterna y que reside en lo que llamo *rasgo de perversión en los neuróticos*. Aquí se muestran refractarios a la búsqueda de saber sobre lo que les ocurre, ya que cuentan con cierto saber que les aporta este goce oscuro, clandestino y escindido del sujeto deseante.

En algunos casos, cuando el neurótico se encuentra atormentado o culpable por cierto goce que lo apabulla en su insistencia por el consumo, se puede facilitar un terreno propicio para que emerja algo del orden de la pregunta. Esta pregunta puede llevarlo a buscar otro saber, distinto del consuelo de la droga, y ahí yace la posibilidad de que, bajo transferencia, ese consumo devenga síntoma. Un síntoma que, como formación de compromiso, lo comprometa con cierta responsabilidad sobre ese costado de su subjetividad donde el superyó lo impele a gozar consumiendo.

La clínica nos muestra que, a veces, la adicción responde a un rasgo de perversión con cierta fijeza de goce; otras veces, se manifiesta en forma intermitente, disminuye o desaparece durante un tiempo, y luego retorna ante situaciones que ponen en jaque al neurótico. El objeto adictivo puede ilusoriamente:

(...) paliar la angustia existencial del sujeto, la inconsistencia de su identificación sexual y la inseguridad de los recursos con los que cuenta para hacer frente a los distintos contextos y responder a los distintos roles que la cultura posmoderna le demanda. Esto sin lugar a dudas lleva a un más allá del principio de placer, a fijarse a un goce muchas veces difícil de abandonar. (Conocente y González, 2007, p. 42)

En el encuentro–desencuentro del caso por caso en cada sesión, a través de la escucha –de lo dicho y de lo no dicho– intentamos, sin garantía alguna, ofrecer el espacio para que el sujeto se interpele acerca de las certezas o justificaciones que sostiene en relación a su consumo.

Si bien estos *quitapenas* existen desde hace siglos, es importante incorporar una mirada actual sociocultural. En nuestra época predomina un capitalismo feroz que nos impele a gozar: un imperio de Tánatos donde todos quedamos expuestos a ser objeto de consumo, perentorio, transitorio y descartable.

En este sentido, Beatriz Rodríguez (2015) afirma que “nuestra cultura propone gastar la pulsión sin deseo y sin lazos amorosos, nos empuja y exige que gocemos pulsionalmente” (pp. 20-21). La autora agrega que esta situación encierra una paradoja pues promete una satisfacción ilusoria que nunca llega, condenando a la eterna frustración. Además, sostiene que “la posmodernidad es productora de personajes invadidos por un tedio tanático, cuyo recurso al «acting out» es apenas una de las formas del llamado desesperado a otro ausente, y por lo tanto sordo” (p.21).

Así lo advertía Freud (1929-1930, Vol. XXI): “Hoy los seres humanos han llevado tan adelante su dominio sobre las fuerzas de la naturaleza que con su auxilio les resultará fácil exterminarse unos a otros, hasta el último hombre” (p. 140).

Esta mirada visionaria del maestro muestra que el avance de la ciencia y la tecnología trastocan la noción de tiempo y espacio que antes buscábamos y que brindaba un sostén, aunque fuera imaginario, a nuestra subjetividad y a nuestros vínculos. Ahora, todo se vuelve inmediato y sin fronteras, lo que si bien facilita la vida, también la aliena. Desde una mirada más amplia, es evidente que no se ha podido detener la destrucción del planeta ni la continuidad de las guerras.

En este capítulo se han recorrido las particularidades estructurales y clínicas de la histeria, la neurosis obsesiva y la fobia, así como ciertos fenómenos transversales –rasgos perversos, narcisismo, bisexualidad y adicciones– que inciden en la economía libidinal y en la dirección de la cura. Lejos de pretender un catálogo exhaustivo, el recorrido ha buscado mostrar la diversidad de modalidades con que cada sujeto se enfrenta a la castración y al deseo del Otro, y cómo estas configuraciones pueden adquirir formas estables o más lábiles según las contingencias de su historia y las defensas que despliegan.

Estas consideraciones preparan el terreno para el capítulo siguiente, en el que se abordarán las vicisitudes de la pareja en la clínica psicoanalítica: la elección de objeto, la dinámica del vínculo, los pactos y rupturas, y la manera en que el deseo y el goce se entrelazan o se obstaculizan en la convivencia amorosa.

Capítulo 3: Consideraciones acerca de la pareja

El occidente anudó de manera muy estrecha el amor al sufrimiento. Parece lógico pensar que siempre que se ama la posibilidad de sufrir está presente. (Kreimer, 2005, p.35).

El estudio de la pareja, en psicoanálisis, requiere partir de una reflexión más amplia sobre el amor y sus vínculos con el deseo, el goce y la castración. A lo largo de la historia, filósofos y psicoanalistas han intentado esclarecer este enigma, y sus conceptualizaciones ofrecen claves para intentar comprender la dinámica vincular contemporánea. Este capítulo retoma textos fundacionales, desde *El Banquete* de Platón hasta lecturas lacanianas, para situar las tensiones entre amor y odio, la dialéctica del deseo y las condiciones que hacen posible –o imposible– un lazo amoroso.

El Banquete de Platón: amor y odio

En el *Seminario 8, La Transferencia*, Lacan (1960-1961/1977) toma *El Banquete* de Platón para pensar el amor de transferencia y, más ampliamente, el amor en general. Afirmará que el amor es una gran “ficción” con efectiva eficacia sobre la realidad.

Desde un principio, lo vincula con una fuerte carga imaginaria y narcisista: el amor busca la completud, la totalidad. En contraste, el deseo, es causado por una falta, un vacío, una ausencia. Este deseo, inconsciente, indestructible e insatisfecho, se manifiesta como una energía ligada que recorre el aparato

psíquico, desplazándose de una representación a otra y libidinizando objetos porque su objeto original está perdido por estructura.

Desde esta plataforma conceptual, Lacan se adentra en *El Banquete*, donde lo primero que aparece es una relación asimétrica en torno al amor: el *erastés*, el amante, aquel que trabaja para sostener el amor (el activo, el buscador) y el *erómenos*, el amado, aquel que se deja amar, es pasivo y ocupa la posición de objeto, es decir, no deseante.

El *Banquete* es convocado por Agatón, quien es el anfitrión, e impone de antemano las normas que regularán el encuentro: primero cada comensal deberá pronunciar un elogio y un discurso sobre el amor, se hablará de derecha a izquierda y no se permitirá el ingreso de bebidas ni de flautistas porque incitan a las orgías y se pierde el objetivo por el cual fueron convocados.

Esto invita a pensar que en toda relación de pareja hay reglas, algunas explícitas –como la fidelidad– y otras implícitas, inconscientes, que refieren a la tolerancia de los puntos de goce de cada uno. Este siempre es singular e intransferible; puede tratarse, por ejemplo, de fumar marihuana, beber en exceso o sostener una relación endogámico-narcisista bajo la apariencia de unión familiar con la familia de origen.

Entre los discursos, destaca el de Aristófanes, quien plantea la existencia de tres géneros: uno todo macho, otro todo hembra y un tercero andrógino, mitad macho y mitad hembra. Estos seres redondos, ruidosos y omnipotentes molestaban a los dioses, por lo que Zeus los partió con un rayo. Desde entonces, cada mitad busca a su otra parte para fusionarse y alcanzar una unión plenamente narcisista.

El discurso de Agatón, el anfitrión del banquete, resulta simple y mediocre; sostiene que el amor es joven, bueno y bello, por lo cual los hombres buscarán esa juventud y belleza en los mancebos.

A continuación, interviene Sócrates, cuyo aspecto físico contrasta con un Adonis, ideal de belleza de los comensales: es obeso, poco aseado y viste harapos. Se dirige primero a Agatón y, con una sola pregunta, desmonta la

inconsistente lógica de su discurso: “Si el amor es joven, bueno y bello, ¿por qué buscaría lo que ya tiene?”.

Luego, se ubica en el lugar de la falta, declarando como en la apología: “Solo sé que no sé nada”, que muestra su docta ignorancia. Agrega: “Lo que sé sobre el amor lo aprendí de una mujer llamada Diótima” (la pitonisa). Ella le contó que, en ocasión del nacimiento de Afrodita, la diosa de la belleza y del amor, se celebra un gran festín en el Olimpo. Entre los asistentes estaba Poros, dios de la riqueza y los recursos, embriagado por el vino; afuera, Penia o Aporía – figura de la pobreza– esperaba su oportunidad. Le ofrece un brebaje que lo deja inconsciente; al caer al suelo, abre la puerta, ella entra y concibe con Poros al Amor. De ahí se deriva su doble naturaleza: cuando el amor es correspondido, nos sentimos plenos y ricos (riqueza heredada del padre); cuando no lo es, somos pordioseros, mendigamos afecto (pobreza heredada de la madre).

Lacan señala que en una época en la que predominaba el amor homosexual entre varones, cuando el *logos* prevalecía (intercambio de ideas entre hombres), la mujer era descalificada, solo se la utilizaba a veces con el fin de procrear o incluso entregar sus hijos como mancebos, para ser educados y/o abusados; de ahí la *paidofilia*. En este contexto, Sócrates introduce y dignifica el lugar de la mujer, que en tanto carente (del falo) es la que puede desear.

Posteriormente, entra Alcibíades, ebrio y acompañado por flautistas, transgrediendo las normas. Acusa públicamente a Sócrates de ser un sileno, que lo engañó y frustró su deseo al negarse a ser su amado. Aquí se observa la emergencia del odio: cuando el otro no responde como uno espera, especialmente si se le desupone un saber. Recordemos el caso de Dora (Freud, 1905/1986, Vol. VII): cuando el señor K le dice “mi esposa no significa nada para mí”, ella reacciona con una cachetada, porque le suponía un saber sobre la femineidad. Acordemos que el neurótico ama el saber –condición que posibilita la instalación de la transferencia (SSS: Sujeto Supuesto Saber)– y odia o rechaza firmemente el no saber.

Sócrates responde a Alcibíades: “No es a mí a quien amas”, y dirige su mirada hacia Agatón. Lacan dirá que Sócrates es el primer analista porque no se hace cargo del amor de transferencia que le dirige Alcibíades.

Lacan define el amor como “dar lo que no se tiene a aquel que no lo es”: doy lo que no tengo –el falo, la completud– a quien tampoco es el falo, tampoco es completo. Luego, diferenciará el deseo del amor.

La metáfora del amor consiste en la sustitución de posiciones de *erastés* por *erómenos*, el amante que sea amado y viceversa, de modo que ambos sean atravesados por la falta. Podríamos pensar que para amar es necesario situarse en posición femenina, posición que no implica ser mujer, sino sentirnos en falta, pues esa falta motoriza el deseo. Cuando el sujeto está en posición masculina, es muy difícil que sea capaz de amar, pues el varón ama sobre todo su pene, considerado como su falo, y muchas veces utiliza el cuerpo de la mujer no porque la desee a ella, sino para satisfacerse con su pene, en un goce autoerótico, en apariencia hetero. También la mujer fálica, que se siente dueña del poder y del saber, que vive descalificando a los demás, es incapaz de amar y aún menos de desear.

Recordemos que la pulsión sexual es parcial y autoerótica: *parcial*, porque se satisface en partes del cuerpo (genitales, ano, boca, ojos, oídos) y en las actividades asociadas a esas partes (penetrar, mirar, chupar, escuchar); *autoerótica*, porque busca su propio goce; no le interesa la subjetividad del partenaire e incluso, en ocasiones, le molesta. La experiencia amorosa, en cambio, involucra al sujeto y a la subjetividad del otro.

Al comienzo –en la etapa de enamoramiento– se cree que el amor y el deseo van de la mano, pero con el tiempo, con frecuencia, toman caminos diferentes: se puede amar lo que no se desea y desear lo que no se ama. Esta partición resulta clave para pensar el vínculo de pareja, pues tanto para Freud como para Lacan, el deseo es deseo de lo prohibido (por la ley del incesto) y, en el matrimonio o la pareja convencional, la regulación legal suele condenar el deseo a una rutinaria agonía.

El amor: entre la repetición y la invención

A partir de este marco inicial, se profundiza en la concepción del amor desde la perspectiva freudiana y lacaniana, integrando aportes de otros pensadores. Se aborda de qué modo el amor implica, a la vez, un reconocimiento y un desconocimiento del otro, y cómo las transformaciones culturales y tecnológicas de las últimas décadas inciden en las modalidades actuales de vinculación. Este recorrido permitirá entender la fragilidad y la mutabilidad de ciertos lazos amorosos contemporáneos.

Es interesante el comentario de Diana Rabinovich cuando se refiere a la palabra “erótico”: al igual que la francesa *erotique* conserva la huella de la presencia de Eros, “trazando un borde particular entre el deseo, el amor y la pulsión” (Rabinovich, 1999 p. 128).

Para Paul Verhaeghe (2005), el modelo de amor no es la pareja heterosexual ni homosexual, es la pareja madre-hijo. Desde esta perspectiva, siguiendo a Freud, el amor tiene que ver con la repetición: en la elección de pareja se tiende a reeditar ese vínculo primordial, una relación total y exclusiva condenada a la muerte por la ley del incesto. En ella se manifiesta el poder, la exclusividad y la apropiación: “es mi hijo”, “mis ojos”, “es mi mamá, la más linda”. Esta exclusividad constituye, más tarde, el núcleo de la exigencia de fidelidad y, por tanto, de la monogamia, que, si bien es una construcción cultural dominante en muchas sociedades, no es universal.

Por su parte, Kierkegaard (1843/2009) sostiene que en toda repetición siempre acaece algo de la diferencia. Justamente allí radica la posibilidad de apostar al vínculo amoroso: a partir de esa incertidumbre se habilita el amor como una experiencia inventiva, creativa y potencialmente reparadora.

Sin embargo, también es una experiencia incierta, porque un vínculo de amor implica una construcción cotidiana, que demanda un gasto de energía y un trabajo psíquico que no todos están dispuestos a asumir. No todo es Eros, también opera Tánatos, con su pulsión de muerte, depositada con frecuencia en ese vínculo.

Vivimos como dije en una sociedad que nos impele a gozar, donde nosotros y el otro nos transformamos en objetos de consumo, de uso transitorio y descartable. Esto incide directamente en la labilidad de los vínculos y en la cosificación del otro.

Según Lacan, el odio–enamoramiento es un efecto del estadio del espejo. Significa que las relaciones humanas están atravesadas por una fuerte carga imaginaria, de tal manera que, cuando el otro responde de forma distinta a lo imaginado, se rompe ese espejo y emerge el odio o incluso la violencia.

En la actualidad, se habla de la caída del Nombre del Padre como significante ordenador que regula la sociedad, acotando el goce pulsional que genera el malestar en la cultura, pero que al mismo tiempo posibilita vivir en comunidad. La fragilidad de esta función ordenadora repercute en la consistencia de las instituciones (matrimonio, familia, Estado, entre otras), generando vínculos cada vez más frágiles, despiadados, cargados de violencia, desconsideración o indiferencia. Frente a la ley del “no–todo”, aparece el imperativo “todo es posible”, que en ocasiones arrasa con la dignidad subjetiva del otro.

Estas transformaciones del lazo amoroso no solo se manifiestan en el plano simbólico o imaginario, sino también en la clínica. En ciertos vínculos de pareja, cuando el deseo se eclipsa y el otro aparece como amenaza o encierro, surge una vivencia particular: la claustrofobia vincular, que abordaremos en el siguiente apartado.

Claustrofobia en la pareja: una dimensión clínica

Luego de este panorama conceptual y sociocultural, nos desplazaremos al terreno clínico para examinar un fenómeno frecuente en la consulta al que llamé *claustrofobia en la pareja*. Se trata de una vivencia subjetiva en la que la cercanía y la monotonía se experimentan como amenaza o asfixia, y que puede coexistir con el deseo de sostener el vínculo. El análisis de sus

manifestaciones y de los factores inconscientes que la sustentan permitirá pensar intervenciones posibles en el trabajo analítico.

Lacan sostiene que la mujer constituye un síntoma para el hombre, en tanto lo interpela, lo angustia y, a la vez, en ella se aloja cierto deseo y un goce indescifrable. Por su parte, el hombre puede generar estragos en la mujer, que remiten, en muchos casos, al estrago materno padecido en su propia historia.

Paul Verhaeghe (2005) considera que estas fórmulas pueden ser intercambiables: también la mujer produce estragos en un hombre y este funciona como un síntoma para ella. Según el autor, esta dinámica podría explicar el crecimiento de la soltería, tanto masculina como femenina.

Desde el psicoanálisis se postula que, para que el sujeto concrete una elección de pareja, el partenaire debe ocupar el lugar de objeto “a”, es decir, ser capaz de causar el deseo en él; este constituiría el recorrido característico de la neurosis. Ahora bien, como sabemos, el objeto “a” no solo cumple la función de satisfacer parcialmente la pulsión sexual, sino que también puede conducir más allá del principio de placer, hacia un camino tanático marcado por la violencia, la celotipia y el sufrimiento ligado al temor al abandono.

Al respecto, Freud (1929/1930) sostiene: “Nunca estamos menos protegidos contra las cuitas que cuando amamos, nunca más desdichados y desvalidos que cuando hemos perdido el objeto amado o a su amor” (p. 82).

El presente desarrollo se basa en la clínica con parejas cuyos casos resultaron especialmente significativos debido a la repetición discursiva –por parte de los miembros de la pareja y también de analizantes individuales– de ciertas escenas cargadas de angustia y ansiedad, vivenciadas como ahogo y encierro en el vínculo con el otro.

En este marco, pueden retomarse los clásicos parámetros de constitución de la pareja descriptos por Puget y Berenstein (1989): a) dependencia sexual (a la que propongo ampliar como dependencia sexual, económica y afectiva), b) tendencia monogámica, c) cotidianidad y d) proyecto vital compartido. Si bien estos parámetros se describen desde una mirada heteronormativa, también se aplican al contexto de parejas homosexuales.

Esta conceptualización conserva validez y cierta vigencia, aunque merece ser revisada a la luz de la época actual. Los cuatro parámetros enunciados cumplieron una función ordenadora, regulando, al menos de forma tentativa, aquello que siempre es irregular y sintomático: el vínculo de pareja.

Concibo a este vínculo como *una realidad ficcional*. Es *realidad* porque se trata de sujetos que interactúan en un marco vincular particular y consciente; es *ficcional*, ya que conlleva una significativa carga imaginaria aportada por el fantasma subjetivo de cada *partenaire* —en gran parte inconsciente—, que regula la erótica y estructura el goce singular e incommunicable de cada uno. En la fantasía, ese goce puede considerarse complementario y compartido; podemos observar este fantasma imposible, por ejemplo, en la búsqueda de la ilusión del orgasmo al unísono, más frecuente en la posición masculina de funcionamiento obsesivo que busca tener todo bajo control. Aclaro que esta posición masculina también puede ser ocupada por mujeres, ya que se trata de posiciones y no de género ni sexo.

Los cuatro parámetros antes mencionados conforman cuatro columnas que, en ocasiones, se consolidan en fuertes vigas y configuran, con el tiempo, cuatro paredes sin ventanas ni puertas, encerrando a los *partenaires* de la pareja a modo de prisioneros y provocando una sensación de privación de la libertad y de asfixia. Esta rigidización opera como posta de poder y de control, sostenida por la idea de que todo debe permanecer igual e inmutable; de lo contrario, se pondría en riesgo la supuesta estabilidad del vínculo. Su efecto es la agonía del deseo y la sensación de pérdida de libertad, pues cada movimiento de uno ha de ser notificado al otro; aquí la tecnología facilita este control.

La endogamia familiar, el narcisismo y el superyó se articulan entre sí para generar un tipo de goce que se expresa en estos modos de alienación subjetiva. En efecto, el narcisismo está al servicio de preservar la endogamia familiar, y viceversa. A su vez, hace que el sujeto proyecte aspectos propios sobre su pareja y genere expectativas que el otro jamás podrá colmar, convocando a un superyó feroz que, a modo de imperativo categórico, conduce a una insatisfacción crónica, decepción y dolor psíquico instalado en el vínculo de pareja.

Este estado provoca una imperiosa necesidad de escaparse, que puede adoptar diversas formas: infidelidad, adicciones, violencia o la proliferación de fantasmas perversos. En ocasiones, se manifiesta matizado a través de enfermedades psicosomáticas, disfunciones sexuales o pérdida de la productividad, según la predisposición inconsciente de cada sujeto.

Muchas subjetividades que viven el vínculo de pareja como una prisión se muestran inhibidas; apáticas, asténicas, desafectivas, inmutables, quejosas y con un pensamiento concreto que conduce a la repetición de rituales cotidianos sin gratificación alguna. Se trata de sujetos con un deseo encriptado.

Los rituales se naturalizan: se cena a una hora determinada, se ve el mismo noticiero, se va al supermercado tal día, se tiene relaciones sexuales solo el fin de semana –cuando se tienen–. En efecto, la vida sexual suele ser lo primero que se ve afectado, ya que esta compulsión a la repetición va anulando la capacidad de asombro, la sorpresa, el buen humor, que son los disparadores del deseo. Todo se torna predecible y aburrido.

No siempre ambos miembros de la pareja padecen esta claustrofobia; con considerable frecuencia es uno quien manifiesta este emergente clínico y quien, ante su intensidad, produce un *acting out* o un pasaje al acto. El *acting out* es una puesta en escena dirigida al Otro; en cambio, el pasaje al acto no lo incluye. En este caso, el sujeto es deyectado, expulsado de la escena, pura pulsión de muerte, lo que puede llevar a conductas homicidas o suicidas.

En cuanto al homicidio, existen diversas formas metafóricas de matar al otro: subestimarlos, manipularlos, denigrar su imagen, poner a los hijos en su contra, sabotear sus proyectos personales o atacar a su familia de origen.

Determinadas infidelidades constituyen una forma frecuente de aniquilar al otro, sobre todo cuando uno de los miembros preserva el parámetro de la monogamia como un ideal inquebrantable. Aquí, el engañado se siente atacado y destruido en la mismidad de su ser, como si un proyectil hubiese arrasado su psiquis, su cuerpo y sus afectos. Vivencia un dolor desgarrador, ya que se demuelen las columnas que sostenían la ilusión de “ser una pareja”. Estos sujetos llegan casi

muertos al consultorio, verbalizando expresiones tales como: “lo que me hizo me mató”, “me cagó la vida”, “no puedo seguir viviendo”.

El suicidio, por su parte, se puede manifestar de variadas formas: aparentes accidentes que constituyen “suicidios encubiertos”, según la denominación de la Dra. Marta Gerez Ambertín (1999, p. 193), pero también el ahorcamiento, los envenenamientos o la ingesta de fármacos, en un último intento desesperado de escapar de una prisión emocional cada vez más asfixiante.

Se observa, además, una forma particular de autodestrucción que denomino *suicidio social*. Se evidencia en aquellos sujetos que buscan una salida aberrante al vincularse con un/a amante en un pseudo-enlace casi bizarro –por lo impresentable del vínculo–, lo que los lleva a destruir una relación estable que, si bien era disfuncional, conservaba aspectos sanos. Esta decisión, muchas veces, no tiene retorno, y tampoco prospera el nuevo “vínculo” por su falta de consistencia.

Sobreviene, entonces, un duelo no elaborado que sumerge al sujeto en una profunda soledad, negada mediante etapas erotomaníacas, de cierto grado de promiscuidad, con los riesgos que ello implica, y compulsión a la repetición: pasan de un cuerpo a otro, cosificándose y cosificando al otro. Aunque el sujeto no sea perverso, la escena que protagoniza sí lo es.

Desde esta posición maníaca, dilapida sus recursos en negocios irrealizables, viajes compulsos o la práctica osada de deportes de riesgo. Descuida a sus hijos, su salud, su trabajo. Estos desbordes se alternan con fuertes momentos de melancolización en los que la culpa lo reduce a un desecho, por haber arruinado lo que imaginariamente considera la “única relación válida” que ha tenido. Esta posición culpógena crónica convoca a un goce mortífero del que difícilmente se sale sin la ayuda de un buen análisis.

Otras subjetividades, en cambio, permanecen en la celda, como monjes de clausura, acomodándose a la precariedad, a la pobreza sexual y afectiva, al tiempo que ofrecen su sufrimiento, en forma resignada, a ese Dios omnipotente que impone el imperativo categórico: “Hasta que la muerte los separe”. En realidad, ya están muertos en vida, porque está muerto el deseo. Estos

casos rara vez llegan a la consulta, pues la celda funciona como una carcasa caracteropática, asintomática, caracterizada por una marcada dificultad de introspección, que –a modo de armadura del siglo XV– protege al yo de la angustia, pero paga un alto costo ya que también impide la gratificación y obstaculiza el placer.

La soltería crónica con contactos sexuales esporádicos a modo de descarga, alternados con masturbación, así como las nuevas formas vinculares –pareja abierta, *swingers*, poliamor– pueden pensarse no solo como innovadoras configuraciones vinculares, sino como mecanismos de defensa para evitar la claustrofobia vincular y como estrategias para contrarrestar la amenaza de la infidelidad.

La frase de Lacan “no hay relación sexual” no refiere a la ausencia de coito, sino a la *imposible* complementariedad entre sujeto y objeto. Esta carencia atraviesa a todos los sujetos y, en consecuencia, a todos los vínculos, porque lo que está en juego es lo indescifrable del goce y del deseo.

A esta altura cabe preguntarse: ¿qué hace falta para sostener una pareja?

Ovidio (en Kreimer, 2005) dirá: “El amor no basta. (...) no es todopoderoso. Requiere de un arte, es decir de saberes, recursos, pulimientos y estrategias” (p.98).

Podría agregar que esos saberes se construyen, esos recursos se descubren, los pulimientos se trabajan y esas estrategias se ensayan.

Estimo que toda pareja implica, en algún punto, un salto al vacío, un lugar que, por momentos, se torna incómodo e incierto y, en otros, un oasis fresco y calmo. Probablemente, una posible salida sea la invención, acompañada del buen humor, la tolerancia a lo diferente, el relanzamiento del deseo en la renovación del proyecto vital compartido, el sostenimiento de proyectos individuales y, obviamente, el respeto por la dignidad subjetiva propia y del otro.

En este capítulo hemos transitado un espectro amplio de perspectivas sobre el amor y la pareja, desde reflexiones filosóficas y psicoanalíticas sobre el deseo, la falta y la dialéctica amor-odio, hasta el impacto de las transformaciones socioculturales en los modos actuales de vinculación. Abordamos fenómenos

clínicos –como la claustrofobia en la pareja, que evidencia vías diversas a través de las cuales la historia subjetiva atraviesa la elección de objeto y la compleja dinámica del lazo amoroso.

Este recorrido permitió enfatizar que, para formar una pareja, cada sujeto debe tener un vacío. Ahora bien, en el vínculo se vislumbra, muchas veces, el entramado extendido de la estructura familiar y de los significantes que organizan la vida psíquica desde los orígenes. El próximo capítulo profundizará en la *estructura familiar inconsciente*, explorando sus configuraciones, leídas a la luz de la época actual, que condicionan tanto las formas del amor como las posibilidades y obstáculos para sostener un vínculo en el tiempo.

Capítulo 4:

Estructura Familiar Inconsciente.

Una mirada a la luz de la época actual

Somos hablados y, debido a esto, hacemos de las casualidades que nos empujan algo tramado. (Lacan, 1975/2006, p. 160).

En el capítulo anterior se exploraron las diversas formas en que las configuraciones vinculares inciden en la constitución del lazo amoroso y en su dinámica. Ahora, el foco se desplazará hacia distintas perspectivas y desarrollos conceptuales sobre la familia y la *estructura familiar inconsciente* (EFI). Se profundiza en los elementos que configuran la EFI, entendida como un entramado simbólico que, más allá de las particularidades de cada hogar, organiza las posiciones y funciones de los integrantes de la familia, para luego analizar la relación entre mito, deuda y vínculos, además se trabajan los distintos tipos estragos familiares. Abordaré un fenómeno particular que denomino “locura familiar como ráfaga transitoria”. El objetivo es ofrecer una comprensión amplia y articulada que permita pensar la dinámica familiar desde una perspectiva teórica y clínica.

Definiciones de familia y de Estructura Familiar Inconsciente (EFI)

La Organización Mundial de la Salud (1976) define a la familia como:

Los miembros del hogar emparentados entre sí, hasta un grado determinado por sangre, adopción y matrimonio. El grado de parentesco utilizado para determinar los límites de la familia dependerá de los usos

a los que se destinen los datos y, por lo tanto, no puede definirse con precisión a escala mundial. (p. 9)

Esta definición está orientada fundamentalmente hacia estudios demográficos y epidemiológicos.

Por su parte, el *Diccionario de la Lengua Española* (2014) la conceptualiza como sigue: “Grupo de personas que viven juntas bajo la autoridad de una ellas. Número de criados de uno, aunque no vivan dentro de su casa. Conjunto de ascendientes, descendientes, colaterales y afines de un linaje”.

En 1976, Isidoro Berenstein publica su libro *Familia y enfermedad mental*, obra en la que introduce por primera vez su modelo teórico “estructura familiar inconsciente” (EFI).

Tal como recuerda Guymard (1997): “La tragedia revela un lazo esencial entre el incesto y la vida como entre el asesinato del padre y la existencia del hijo” (p. 71).

Berenstein (1996) señala que las relaciones familiares tienen un carácter simbólico, sostenido en una matriz inconsciente que otorga significados a las formas elementales de parentesco: la relación de pareja, la consanguínea (entre hermanos), la filiación (entre padres e hijos) y la relación avuncular (entre el hijo y la familia materna o su representante).

En esta trama suelen confluir al menos tres generaciones. De allí que es crucial analizar la *transmisión de significados*: un sentido que fue pertinente en la generación de los abuelos puede resultar inadecuado en la de los padres, e incluso volverse irracional o fuera de contexto en la de los hijos, llegando en algunos casos a constituir un fenómeno psicótico.

En este marco, la EFI actúa como un dispositivo simbólico que regula los vínculos familiares, ya que genera y regenera significaciones que provienen del contexto sociocultural, de la historia transgeneracional y de los *yoes* de los miembros de la familia actual.

En este punto, retomo la concepción lacaniana del *yo* como un conjunto desorganizado de identificaciones simbólicas inconscientes, que lo cristalizan en un lugar de desconocimiento (Miller, 1987).

En la escucha psicoanalítica, este dispositivo familiar se revela como un enjambre de significantes que promueven distintos procesos identificatorios.

Desde lo simbólico se genera una trama social cuya célula elemental es la institución llamada *familia*, en la cual los sujetos advienen a los lugares de madre, padre o hijo, ya sea por vía biológica como por técnicas de fertilización o por adopción. Estos lugares implican una función ligada a una matriz simbólica de parentesco, que se aleja de lo biológico: un varón puede ser genitor pero no padre, así como una mujer puede engendrar un niño sin cumplir la función materna. En tales casos, el niño no adviene simbólicamente al lugar de hijo.

En síntesis, tanto las definiciones formales como el modelo de la EFI coinciden en que la familia es más que una suma de individuos unidos por lazos biológicos o legales: es una red simbólica donde cada integrante ocupa un lugar y una función que lo inscriben en una trama de significados inconscientes. Comprender cómo opera esta estructura es clave para analizar las configuraciones familiares y sus efectos en la subjetividad, cuestión que abordaremos en los siguientes apartados.

¿Por qué se denomina Estructura Familiar Inconsciente?

Es ***estructura*** porque se trata de un conjunto de elementos covariantes, de tal manera que la modificación de uno implica necesariamente la modificación del resto, dado que se encuentran en una dinámica de interdependencia.

Es ***familiar*** porque se parte del sistema de parentesco constituido por un conjunto de cuatro términos: MADRE, PADRE, HIJO y REPRESENTANTE DE LA FAMILIA MATERNA, los que establecen cuatro relaciones: ALIANZA, FILIACIÓN, CONSANGUINIDAD y AVUNCULAR. Esta última surge de un sistema de intercambio de la mujer entre dos familias una cede a la mujer, haciendo lugar a la prohibición del incesto y posibilitando la exogamia; la otra renuncia al hijo varón para que constituya su propia familia y establezca sus propias leyes.

Es ***inconsciente*** en cuanto la familia transmite, de generación en generación, significaciones que operan fuera de la conciencia. Estas se despliegan a modo de caminos desconocidos pero facilitados, en los que transitan sistemas de reglas y sentidos que constituyen determinados modelos identificatorios ideales, creencias ideológicas y normas que delimitan lo prescripto y lo prohibido. Dichas reglas marcan ciertas vías para la elección del objeto amoroso y, por lo tanto, para la peculiaridad del intercambio constitutivo familiar.

Muchas de las significaciones, ignoradas por ser inconscientes, que provienen de la EFI pueden vislumbrarse en elementos tales como los nombres propios, el árbol genealógico, el dibujo del mapa de la casa, el manejo del tiempo familiar, la circulación del dinero, la repetición de enfermedades y de síntomas. Estos indicios funcionan como *jeroglíficos por descifrar* que, por sí solos nada significan, sino que adquieren sentido en su relación con otros. Tal desciframiento permite develar algo de la dinámica inconsciente de la familia, manifiesto en el discurso de sus miembros: en lo dicho y lo no dicho, en los silencios, en las quejas, en la palabra vacía de la verborragia, en la palabra plena de los lapsus y en las interrupciones, entre otras. El cuerpo participa activamente en esta escena, a través de acciones, miradas y gestos.

En la escucha del sufrimiento familiar, se requiere evitar lecturas simplistas y lineales. No se trata de (ni es posible) establecer relaciones causa—efecto, sino de reconocer la multiplicidad de factores que se irán decantando en el devenir del tratamiento, muchos de los cuales quizá nunca lleguen a conocerse.

En síntesis, la EFI ofrece un marco simbólico que regula los vínculos y organiza, desde lo no dicho, gran parte de la vida familiar. Comprender cómo operan estas significaciones transmitidas de generación en generación resulta clave para abordar las problemáticas que emergen en el plano clínico. A partir de aquí, podemos adentrarnos en las distintas configuraciones y dinámicas que la familia adopta, así como en sus efectos potenciales sobre la subjetividad.

Características de los lugares de parentesco

La EFI, como ya señalamos, distingue cuatro lugares de parentesco – madre, padre, hijo y avínculo–, cada uno con funciones específicas que no necesariamente están soldadas al sujeto biológico. A continuación, se describen las características particulares de dichos lugares y su relevancia en la dinámica vincular.

- a. El lugar del hijo es, al principio,** un lugar de pasividad original, marcado por el desamparo inicial y la necesaria dependencia del Otro materno para sobrevivir. Su función principal es complejizar el vínculo de la pareja, transformándolos en padres y, en muchos casos, en familia.
- b. El lugar de la madre comprende dar vida material y emocional al hijo,** ayudarlo con las funciones de autoconservación, narcisizar su cuerpo y libidinizarlo, tal como Freud caracterizó a este proceso con la fórmula “Su Majestad: el Bebé”. Implica instalar al niño como objeto de deseo, con el riesgo de devorarlo que conlleva, ya que tanto el déficit como el exceso de libidinización dejan huellas significativas en la subjetividad del hijo.
- c. El lugar del padre supone asumir la función paterna,** que normatiza y ordena. Esta función se expresa en cuatro interdicciones, que son variantes de la prohibición del incesto, cuya eficacia favorecerá la exogamia y, con ello, la inscripción del deseo en el hijo:
 - al hijo: “No te acostarás con tu madre”;
 - a la madre: “No reintegrarás tu producto”;
 - a la esposa-madre: “No regresarás a quien fue tu dador”, y
 - a sí mismo: “No retendrás tus hijos para ti”.

La función paterna implica reconocer que el padre no es la ley ni la posee, solo la representa y, al igual que todos, se somete a ella,

pues se trata de una ley que está instalada en la cultura cuya primera norma, como se dijo, es la prohibición del incesto.

- d. El lugar del cuarto término, el avúnculo** (del latín *avunculus*: tío materno), corresponde al representante de la familia materna. Su función es la de dador de la mujer (bien escaso), quien pasará a ser esposa y madre. El hombre que la recibe devendrá esposo y padre, adquiriendo además una deuda simbólica con la familia de la mujer, deuda que a menudo se paga con un hijo –casi siempre el mayor– que se somete a las normas impuestas por el funcionamiento familiar materno endogámico.

El avúnculo puede asumir dos posiciones:

- a. Testigo de la alianza:** si favorece la exogamia de los hijos a fin de que efectúen sus propias elecciones.
- b. Baluarte narcisista:** si busca preservar la endogamia, dificultando la diferenciación y salida exogámica de los hijos.

Berenstein retoma de Lévi-Strauss (1974/1995) la figura de la relación avuncular, vinculada al sistema de intercambio de la mujer entre dos familias como modo de cumplir con la prohibición del incesto. Este intercambio era un acuerdo entre varones: el futuro esposo que, si bien entregaba ciertos valores (ej.: bolsas de trigo, pieles de animales) al avúnculo, quedaba en deuda con la familia de origen de la mujer, y ella sin voz ni voto en el proceso.

Quedaba en deuda porque la mujer, objeto del contrato, se consideraba un “bien escaso” por su capacidad de procrear, era su vientre fértil el que estaba cargado de valor fálico.

En la perspectiva de la EFI, se “cede” a la hija mujer y se “renuncia” al hijo varón. Ambas posiciones implican un costo importante, una renuncia narcisista para quienes ejercen las funciones parentales, ya que de ese modo evitan la permanencia de los hijos en el encierro endogámico. Sin embargo, muchas de esas salidas resultan fallidas.

Para el varón, adquirir una mujer significa ceder una hermana, para la mujer ser cedida implica dejar un hermano. Si ambos hacen el movimiento correspondiente se genera el espacio potencial de una nueva fundación y una deuda de lealtad mutua que garantice un lugar para un tercero: la alianza matrimonial. (Gaspary Gutman, 1987, p. 120)

Desde el psicoanálisis sostenemos que no existe garantía alguna, nada más incierto y sinuoso que el espacio vincular de una pareja.

Transformaciones históricas, revisión conceptual y situaciones contemporáneas

La Segunda Guerra Mundial y el surgimiento del movimiento feminista modificaron de manera radical el rol de la mujer, quien dejó de ocupar un lugar pasivo, de objeto sexual del macho patriarcal, destinado a la procreación, y asumió roles activos en el mundo laboral, profesional, cultural, científico y político.

Por otra parte, el avance de las técnicas de reproducción asistida ha permitido prescindir del encuentro sexual entre un varón y una mujer para engendrar un hijo. La ovodonación, la donación de espermatozoides, el alquiler de vientre o vientre subrogado y otras posibilidades habilitan que personas solas, sin partenaire sexual, puedan tener hijos.

Esas habilitaciones invitan a revisar la conceptualización de la EFI: si bien es aún valiosa, podríamos cuestionar que la mujer sea el único “bien escaso” por el solo hecho de poseer un vientre fértil.

Desde la clínica y mi investigación doctoral sobre masculinidad y paternidad (González, 2018), puedo inferir que, en muchos casos, el bien escaso es el **varón deseante**, es decir, aquel que se compromete con su deseo y se atreve a la apuesta “sin seguridades” de constituir pareja y familia, con los avatares que estos vínculos implican. Considero que, en la actualidad, esta posición de “sujeto deseante” se ha de pensar más allá del sexo y del género.

Hoy encontramos sujetos que se niegan a formar una pareja y, mucho menos, están dispuestos a la renuncia pulsional y narcisista que implica formar una familia, están muy cómodos viviendo con sus padres. Algunos sienten que no cuentan con los recursos subjetivos suficientes; otros prefieren refugiarse en su goce autoerótico, con algunos encuentros sexuales intermitentes, ocasionales y pseudoanónimos que contactan a través de las redes.

Esta opción (pues no se trata siempre de elección) está impregnada de la historia familiar de cada sujeto, lo que vivieron como hijos y lo que vivenciaron de la pareja parental de sus padres y del sufrimiento vincular de la familia en la que crecieron. Cabe aquí, entonces, un autocuestionamiento de los padres: ¿qué se les transmitió a estos hijos/as?

A ello se suman nuevas configuraciones vinculares de pareja –poliamor, pareja abierta, tríos ocasionales, parejas de tres, etc.– que, si bien no la determinan, influyen en la constitución y el sostenimiento de una familia.

En una revisión histórica, es evidente que el patriarcado tuvo un efecto devastador, en principio, en las mujeres al someterlas como objetos; también, en las subjetividades con sexualidades disidentes de la heteronorma mediante una exclusión discriminatoria y en los varones, a quienes perjudicó severamente, pues les imponía un único ideal rígido: proveedor exitoso económicamente (categoría que genera poder), heterosexual, blanco, penetrante, con varias amantes, controlador, dominante y violento; en suma, la denominada masculinidad hegemónica.

El varón no podía demostrar afectos, ni llorar, ni quejarse por alguna enfermedad, porque esas conductas eran consideradas características femeninas que ponían en duda su orientación sexual. Este argumento masculino, mapa de ruta que todo varón debía seguir para ser considerado como tal, tuvo un costo subjetivo considerable.

A partir de la Segunda Guerra Mundial, con la muerte de tantos varones, las mujeres se integran al mercado laboral y comienzan a luchar por sus derechos. Estas causas, entre otras, producen el resquebrajamiento del patriarcado.

Dicho resquebrajamiento tiene sus efectos sobre la masculinidad. Hoy el varón no sabe qué hacer con la mujer más allá del coito, lo atrae pero la evita, se somete o busca someterla y controlarla, generando a menudo violencia de género en sus distintas formas.

Actualmente, el varón en muchos casos se aloja en posiciones de infantilización o sumisión, lo que puede deberse a madres estragantes, padres ausentes, dependientes de la pareja o excesivamente autoritarios. El varón que escasea, como mencioné anteriormente, es el varón deseante: el que trabaja, el que produce, el que desea comprometerse con una pareja y formar una familia; libre de conductas adictivas, no busca dominar, ni controlar, sino compartir con otro, mujer o varón, un proyecto vital de pareja, sea hetero u homosexual, desde una perspectiva de género que reconoce diferentes “masculinidades”.

En cuanto a la mujer, Lacan sostiene que ella puede constituir un síntoma para el hombre, en tanto lo interpela, lo angustia y a su vez, en quien aloja cierto deseo y goce. Por su lado, el hombre puede hacer estragos en la mujer (estrageo que remite al estrageo materno que padeció ella con su madre), Freud habló de lo “ominoso”, lo familiar inquietante. Este concepto nos lleva a pensar que lo no tramitado se actualiza en el vínculo de pareja y también en la relación conflictiva que se observa de un padre o madre con algún hijo/a.

Berenstein (1976) abordaba la pareja de padres desde la heteronorma; hoy tenemos que ampliar nuestra interpretación, rígida y prejuiciosa, a fin de dar espacio a familias homoparentales (ya legalizadas por el matrimonio igualitario) y a otras configuraciones familiares, sin calificarlas automáticamente de patológicas.

El diagnóstico de patológico merece un análisis ético del caso por caso, más allá de la orientación sexual de los miembros de la familia o de la pareja parental: “Mejor pues que renuncie quien no pueda unir a su horizonte la subjetividad de la época” (Lacan, 1953/2009, p.308).

En relación con la EFI, es importante destacar que la familia se constituye como un conjunto de lugares y de vínculos ocupados por sujetos, con funciones que se ejercen a través de acciones. Estos lugares y funciones no están soldados a las personas biológicas; estos sujetos despliegan una serie de acciones,

algunas parcialmente previstas (aquello que se debe hacer –lo prescripto– y lo que no se puede hacer –lo prohibido–) y otras no previstas, fruto de la invención (recordemos que el amor para Freud se asocia a la repetición y para Lacan a la invención). Por ello, se puede afirmar que cada padre y cada madre se “inventa” en la experiencia, no sin errores, aunque es imprescindible que prevalezca el amor al odio. Esta experiencia se apoya en la propia historia como hijo/a con relación a esos que ocuparon el lugar y la función de padre y madre allá y entonces, así como en las consecuentes marcas o cicatrices que ellos dejaron.

Las marcas que los hijos reciben de los padres, tíos y abuelos, en forma de ideales, costumbres, prejuicios, traumas y conocimientos, son parte de la transmisión generacional. En la actualidad, se puede observar un recorrido inverso, en el que son los hijos y los nietos quienes transmiten un saber hacer sobre el uso de la tecnología a estos adultos significativos, aportando además nuevas formas de concebir la masculinidad, la femineidad, la diversidad sexual, la asunción de los roles de género y las distintas presentaciones vinculares, que pueden escandalizar a los abuelos.

Otro tema interesante remite a los modos en que los adolescentes de hoy están abordando temas en relación con la sexualidad, que les generan excitaciones transitorias y misteriosas, que promueven preocupaciones recurrentes en los padres. Son placeres extraños despertados por distintos estímulos. Aquí el contexto observa y espera una elección sexual, cuando en realidad la sexualidad no es electiva, sino que emerge como efecto de un conjunto de determinaciones y situaciones contingentes.

En las familias monoparentales, también están presentes las otras funciones de la EFI, siempre y cuando se respete la diferencia generacional. Se trata de funciones simbólicas que pueden ser ejercidas por la escuela, el club, la iglesia, una familia vecina, en los que las dimensiones de la endogamia y la exogamia están vigentes, donde la inscripción de la castración en los adultos referentes permitirá alojar al niño o a la niña, posibilitando el devenir de este/a en hijo/a, para que pueda desarrollar su subjetividad en un marco exogámico.

Ahora bien, estas funciones y posiciones no se comprenden únicamente en un plano estructural o relacional; también están atravesadas por narrativas fundantes que cada sujeto y cada familia elaboran sobre sus orígenes. En este punto, el mito se presenta como un soporte simbólico que transmite significaciones inconscientes y que incide en la forma en que los vínculos familiares se piensan y se viven.

Acerca del mito

El mito es un relato que intenta dar cuenta del origen de la existencia y es portador de significaciones inconscientes que se transmiten, que en cada sujeto cobran una eficacia particular:

La idea mítica del origen está imbricada en el misterio de la creación. El hombre le da valor porque le supone una respuesta sobre su origen. La referencia al origen confiere una ilusión de dominio sobre la incertidumbre (...). Así como los relatos sobre el más allá de la vida intentan resolver el misterio de la muerte, los mitos sobre el origen se ubican en su comienzo. (Gaspari y Gutman, 1987, p. 111)

Esta cita abre a los interrogantes esenciales que acompañan a todo ser humano: ¿dónde venimos?, ¿de quiénes vinimos?, ¿cuáles fueron las circunstancias que enmarcaron nuestro advenimiento?

Los autores mencionados señalan que la raíz griega del término mito significa “hilo; preparar los hilos para una urdimbre (lo que luego recibe el nombre de tejido); cera con la cual las abejas tapan las juntas de sus celdillas” (p. 113).

Podríamos decir que, de modo análogo, el sujeto intenta cubrir con esos hilos significantes la ausencia de respuestas certeras sobre el propio origen. Estas hebras simbólicas alimentan el fantasma estructural de cada uno, posibilitándole organizar y percibir la realidad desde su propia singularidad.

Frente a nuestra falta-en-ser, lo que buscamos es conocer cuál fue el deseo del Gran Otro que nos causó como sujetos. Se trata de un real, un imposible

de acceder; no obstante, el neurótico procura aferrarse a ese tejido –entramado de significantes que configuran el mito familiar–, para encontrar, en el relato simbólico, una ilusoria respuesta tranquilizadora, imaginaria y transitoria, que le posibilite tolerar ese vacío inherente a la dimensión de lo real del deseo y del goce del Gran Otro.

La deuda y sus tres registros

En relación con este tejido simbólico que constituye el mito familiar, surgen también las nociones de deuda que, desde la perspectiva de Gaspari y Gutman (1987), se articulan con los relatos de origen. El mito del Génesis –en particular, la historia de Adán y Eva– permite a los autores proponer formas o registros de deuda que marcan la organización de los vínculos y el lugar de los hijos en la estructura familiar.

Según el *Diccionario de la Real Academia Española* (2014), “deuda” –del latín *debita*– se define como:

- Obligación que uno tiene que pagar, satisfacer o reintegrar a otro, una cosa o por lo común dinero.
- Obligación moral contraída con otro.
- Pecado, culpa, ofensa.

El término *debitus* proviene, a su vez, del vocablo “deudo, da”, que significa pariente, descendiente, ascendiente o colateral de su familia. Esta etimología ya muestra que la noción de deuda no se limita a lo económico, sino que involucra un entramado moral, afectivo y genealógico.

Gaspari y Gutman (1987) retoman el mito del origen de Adán y Eva para describir tres registros de deuda: absoluta, relativa y prospectiva.

Deuda absoluta

En el paraíso existe una primera ley: permanecer en un tiempo estático, sin saber, sin devenir y sin procreación. El mandato divino establece que, si eres leal, obediente, la deuda no existe; en cambio, si eres desleal, la deuda es infinita y equivale a la muerte.

Este registro se corresponde con familias cuya organización de relaciones es rígida y fija, equivalente a la repetición. No hay lugar para el hijo, ya que los padres persisten en el lugar de filiación y entre ellos se vinculan como hermanos.

Deuda relativa

Adán y Eva, ya expulsados del paraíso, aparecen como sujetos sexuados con cierta capacidad de pensar, aunque –por el pecado original– no son absolutamente libres y temen el castigo de un Dios traicionado.

Entonces, el trabajo, la sexuación y la muerte son significados como castigo, y estas “maldiciones” condenan al dolor y al sufrimiento en tanto expiación. La transgresión de la ley permite acceder al saber, pero instala la deuda como pecado. El tiempo es cíclico y la dinámica oscila entre el sometimiento y el cuestionamiento. La pareja de padres y el hijo se sitúan como tres niños frente a Dios.

Deuda prospectiva

Surge aquí la noción de un Dios Misericordioso que posibilita un destino individual, en el que no todo es castigo. Esta deuda incluye la noción de muerte y de finitud, pero también la de anticipación que adquiere Adán, lo que habilita proyectar algún futuro.

El trabajo y el dolor de parto dejan de ser entendidos como maldición para convertirse en medios con un fin: algo trascendente por venir. De ahí su carácter “prospectivo”, ligado a los ideales por cumplir que incluyen el lugar del hijo.

Los estragos: materno, paterno, fraterno y filial

La familia es importante porque es donde aprendes a relacionarte con gente que te cae mal. (Autor anónimo).

No todas las dificultades de pareja se limitan a conflictos de convivencia o a oscilaciones del deseo. Existen vínculos profundamente marcados por experiencias de daño estructural, en las que el amor se entrelaza con el odio, la dependencia y la violencia simbólica que atañe a lo real. Este apartado explorará, desde el concepto de *estrago*, de qué modo ciertas configuraciones maternas, paternas, fraternales o filiales pueden dejar marcas duraderas en la vida amorosa, condicionando las elecciones de pareja y la posibilidad misma de sostener un lazo no destructivo.

El *Diccionario de la Lengua Española* (2014) define el “estrago” como un daño o ruina que causa grandes destrucciones. En francés, *ravage* (estrago) remite a una acción de destrucción, intencional o no.

El estrago materno

En cada madre puede haber un costado de Yocasta. Para Freud, el varón sale del Edipo mediante la amenaza de castración, lo que configura un superyó severo y hasta rígido. En cambio, en la niña, al no existir tal amenaza, su permanencia en el Edipo es indefinida y su superyó, más débil.

Lacan compara el estrago materno con estar en la boca de un cocodrilo que puede devorar a su cría. Sostiene, además, que esa acción estragante se presenta con mayor frecuencia en el vínculo madre-hija, enmarcado en la acción de

privación, una de las tres formas de falta de objeto. La niña se siente privada del pene que la madre dio al hermano y no a ella, lo que origina la *envidia del pene*. Esta es la causa de los eternos reproches disfrazados con distintos ropajes que las hijas les hacen a sus madres. Freud (1932/1986, Vol. XXII), en la Conferencia 33 sobre la feminidad, describe la dificultad de la hija para salir de la ligadura preedípica con la madre fálica. A su vez, la madre reedita con esta hija lo no tramitado con su propia madre, que tendrá consecuencias en la subjetividad femenina de la niña, estrago que puede afectar su deseo sexual, su goce, su relación con su propio cuerpo, con los hombres, con la productividad y con su futuro rol materno.

Desde esta perspectiva, en el psicoanálisis se sostiene que no hay relación más compleja y terrible que la relación madre-hija, pues está cargada de ambivalencia afectiva (amor y odio), amortiguada con frecuencia mediante mecanismos de defensa como la negación, la idealización y la formación reactiva, para tolerar la culpa y posibilitar algún tipo de vínculo.

El estrago materno también puede dirigirse a los hijos varones, especialmente cuando esa presencia materna absolutista y onipotente produce un efecto feminizante e infantilizante sobre ellos. Se tornan, entonces, varones inmaduros afectivamente, pasivos en cuanto a la productividad, dubitativos e inseguros, que dependen constantemente del reconocimiento externo.

Cuando una mujer se posiciona como “Toda Madre”, funciona como Otro totalizante y absoluto, facilitando estos estragos al tomar a sus hijos como objeto de goce. Aquí también falla la función del Nombre del Padre, necesaria para ponerle coto al capricho materno.

En este apartado, como señalara, abordaré otros-vínculos que pueden devenir en estragantes. Parto de subrayar que en todo vínculo se juega algo del poder (Foucault, 1975/2006), que se observa en la asimetría. El estrago materno se puede observar, desde el principio, en el poder de ese Gran Otro materno frente al desamparo originario del cachorro humano –el primer gran intérprete del llanto del bebé lo convierte en “llamado”–, posicionando al niño en el circuito signifiante que, si bien lo preexistió en el orden simbólico, una vez nacido, comienza a operar en tanto posición subjetiva.

El estrago paterno

Los padres neuróticos tienen caminos más directos que el de la herencia para transferir su perturbación a los hijos. (Freud, 1905/1986, Vol. VII, p. 204).

Padres extremadamente narcisistas alienan la subjetividad de sus hijos de distintas maneras: imponen mandatos despóticos que inhiben y paralizan, marcan fracasos, empujando al hijo a circuitos de repetición, ejercen violencia física o psicológica. En casos más graves, practican distintos tipos de abusos: el incesto, la explotación infantil, prostituyen a sus hijos, los obligan a mendigar y/o robar, los utilizan como mulas para transportar drogas. Estas depravaciones remiten a estructuras perversas o psicóticas de los padres, quienes toman a los hijos como objeto de goce, ejerciendo un efecto devastador y muchas veces irreversible.

El amor del padre es reusable condicional en tanto selectivo, es decir, un padre puede amar a un hijo o no amarlo, otras veces puede ofender su don de amor a un hijo y no a otros y ese amor será efectivo solo bajo ciertas condiciones. (González, 2022, p. 158)

También son estragantes los padres débiles, sin autoridad, que todo lo permiten (algunos no pueden poner ni ponerse límites), los que no marcan ni sostienen la diferencia generacional, los que avasallan la subjetividad de los hijos, los que privilegian a uno sobre los demás, los que convierten a los hijos en rehenes de su conflicto conyugal, los que depositan en ellos frustraciones y expectativas no satisfechas en su propia vida y aquellos que detentan un discurso dogmático y cerrado de fuerte crítica a lo distinto.

Estos modos de paternidad pueden inhibir la autonomía, generar en los hijos la ilusión de ser “eternos niños”, que cuentan con padres siempre presentes para ocultar todas sus faltas, favoreciendo dependencias emocionales o económicas. Estas filiaciones crean el caldo de cultivo para otras dependencias: elección de parejas patológicas o adicciones que facilitan distintas formas de goce:

Algunos hijos no amados por el padre caen en un funcionamiento melancolizado, con compulsión al fracaso y a ser rechazados por los demás ya que se identifican con un resto o un desecho, pudiendo

encontrar la muerte en adicciones y otras conductas autodestructivas.
Le gritan al padre: “Esto es lo que hiciste de mí por no amarme”.
(González, 2022, p. 100)

El estrago fraterno

El vínculo entre hermanos reviste cierta complejidad y puede estar atravesado por la ambivalencia afectiva (amor-odio), los celos y la competencia por ocupar el lugar de privilegio ante los padres.

En casi toda constelación fraterna, uno suele detentar el poder y el brillo fálico sobre otros por su inteligencia, éxito económico, carisma o capacidad de manipulación. Este lugar predilecto muchas veces es otorgado inconscientemente por los padres; aquí juegan marcas que transmiten ideales valorados en el contexto social y/o la proyección del narcisismo de uno de los progenitores sobre uno de los hijos, que además deposita en él núcleos oscuros de la propia historia familiar.

Con frecuencia, en pos de sostener el mandato superyoico del ideal de lealtad (“Somos una familia”), el sujeto se somete a la tiranía déspota de un/a hermano/a con un narcisismo cristalizado que comanda y dictamina en forma arbitraria las acciones que el resto de la familia debe acatar. Ubicado en el lugar de *amo* y señor de la ley, evalúa, descalifica y excluye a quien no obedece o intenta diferenciarse.

Los conflictos fraternos se visibilizan con claridad en las empresas familiares, donde generalmente se desencadenan patéticas escenas bélicas, o en las disputas por herencias. Si bien las fricciones parecen girar en torno a lo económico (que no siempre es, de hecho, equitativo), a menudo se juegan otras cuestiones: validación de la subjetividad de cada uno, atributos afectivos o intelectuales adjudicados por los padres a algunos instrumentados como recursos y potencialidades, consecuentes sentimientos de carencia en otros que reclaman justicia. Estas escenas de “locura familiar” traslucen violencias,

envidias, fantasías incestuosas reprimidas, celos y resentimientos que, en ocasiones, se prolongan por años y se transmiten de una generación a otra.

El estrago de los hijos hacia los padres

Los hijos siempre son otros. (Bleichmar, 2009, en González, 2022, p. 101).

A esta modalidad de estrago la denomino “la venganza”. Se trata de posiciones cargadas de sadismo (desde el maltrato físico o psicológico hasta la indiferencia y el abandono) que ejercen algunos hijos adultos sobre sus padres mayores. A menudo, aparece esta posición vengativa con los padres ahora devenidos “viejos” como producto de situaciones de maltrato, falta de cuidado y de afecto tierno, vividas en la niñez.

Si los padres fueron solo proveedores, los hijos ejercen demandas económicas constantes o exigen adelantos de herencia. A veces delegan la crianza de los hijos a los abuelos como forma de reparación: “Lo que no hiciste por mí, lo harás por ellos”, o “Tendrás que reparar en mis hijos el daño que hiciste en mí”. Así, instrumentan un doble abandono: de sus hijos y de sus padres.

Manifiestan una tenaz crueldad que se expresa en una batería de reproches históricos, culpando a los padres de los distintos fracasos de sus vidas; en ocasiones, aparece el mecanismo de negación, especialmente cuando estos padres mueren.

Esta modalidad de goce se acentúa con la ancianidad, cuando los padres requieren cuidado, mirada y escucha. Se observa mayor beligerancia en las hijas, mientras que los hijos tienden más al abandono y el olvido.

Por lo general, la vejez de los padres es difícil de transitar por la dependencia y sobrecarga que genera; algunos ancianos se tornan exigentes, quejosos y tiranos. Aquí aparece una marcada ambivalencia afectiva de parte de los hijos, cargada de sentimientos encontrados de cariño, hastío y culpa. No son pocas las veces en que un/a hijo/a encarna el lugar de Antígona (hija de Edipo), haciéndose cargo de esta compleja dinámica.

Cuando la historia del vínculo ha sido marcada por tintes tanáticos –desamor o violencia–, se incrementa considerablemente la probabilidad del estrago filial.

Una mirada socio-histórica permite contextualizar estos fenómenos:

Antes no existían ni guarderías ni geriátricos, pues los niños y los viejos eran cuidados dentro del hogar. En una sociedad capitalista donde varones y mujeres tienen que producir y consumir, no hay tiempo para el cuidado de los pasivos: niños pequeños y adultos mayores. (González, 2022, p. 101)

Esta lectura no exime el análisis clínico de estas modalidades de la singularidad de cada vínculo y de cada caso.

Hasta ahora, hemos transitado un espectro amplio de perspectivas sobre el amor y la pareja, desde reflexiones filosóficas y psicoanalíticas sobre el deseo, la falta y la dialéctica amor-odio, hasta el impacto de las transformaciones socioculturales en los modos actuales de vinculación. Abordamos fenómenos clínicos – relacionados con la Estructura Familiar Inconsciente y los estragos maternos, paternos, fraternos y filiales– que evidencian vías diversas a través de las cuales la historia subjetiva atraviesa la elección de objeto y la compleja dinámica del lazo amoroso.

En los tres registros de deuda se despliegan distintas configuraciones de vínculos y posiciones subjetivas que condicionan el modo en que cada familia procesa las alianzas, las renunciaciones y las transgresiones. En este marco de las dinámicas familiares, estas formas de deuda simbólica pueden manifestarse de manera estable o, por el contrario, cuando las tensiones entre las funciones y los lugares familiares se vuelven excesivas o se cristalizan en formas rígidas, suelen emerger en episodios puntuales de alta intensidad. En este último caso, ciertos acontecimientos o resistencias latentes pueden dar lugar a fenómenos disruptivos súbitos que alteran temporalmente el funcionamiento habitual, generando un clima de violencia, desconfianza y pérdida momentánea de los referentes simbólicos. Es en este contexto que introduzco el concepto de locura familiar en su modalidad de “ráfaga transitoria”, cuyo análisis permitirá comprender cómo pueden aparecer estos momentos de alta desorganización psíquica y vincular.

Locura familiar: “ráfaga transitoria”

En el trabajo con familias he observado un tipo de funcionamiento al que denominé “locura familiar”. No se trata de familias psicóticas, sino de una modalidad que puede presentarse en muchas familias neuróticas. Se caracteriza por manifestarse como una **“ráfaga transitoria”** de locura, como si fuese una ráfaga de viento que dura un tiempo limitado y luego pasa, permitiendo el regreso al funcionamiento neurótico habitual. Sin embargo, si este tipo de dinámica se prolonga en el tiempo, podría evolucionar hacia un funcionamiento patológico más grave.

Es necesario abandonar la visión idealizada de la familia como un paraíso donde reinan siempre la paz, el amor y la contención. En ellas habitan también envidias, privilegios, celos, **re-sentimientos** (senti-mientos que se repiten de experiencias tempranas con padres y hermanos que se reactivan inconscientemente en el núcleo familiar actual), agresiones disfrazadas con formaciones reactivas, exclusión de lo diferente efecto de un narcisismo compacto, imposición de ideologías cerradas que transforman a quien piensa distinto en un traidor potencialmente peligroso. A esto se suma, con frecuencia, la figura del *chivo expiatorio*, aquel miembro que funciona como el conductor designado que carga con la proyección y es depositario de la locura de los otros.

Algunas familias favorecen la salud; otras enloquecen. Y, en ocasiones, una misma familia, en distintos tiempos, transita matices que van desde Eros a Tánatos.

La característica principal de la locura familiar en tanto ráfaga transitoria es la irrupción de la violencia, que se manifiesta con gritos, insultos, agresiones verbales y hasta físicas. Se interrumpe temporariamente la comunicación racional y empática, reina el malentendido, crecen la desconfianza y el aislamiento. Esta dinámica suele estar atravesada por una ansiedad paranoide y confusional (fusionado—con el otro a modo sincrético), donde no hay espacio para la diferenciación ni para el proceso secundario.

Entre las posibles causas, se puede mencionar una falla en la función paterna, que obstaculiza la aceptación de la castración y, con ello, la instalación de la ley del “no todo es posible”. Así, se debilita el juicio crítico en sus miembros,

el contacto con la realidad, los vínculos exogámicos, viéndose, de esta forma, alterada temporalmente la lógica del pensamiento de algunos integrantes de la familia, fomentando lecturas autorreferenciales.

También, puede manifestarse un déficit de la función materna, que alimentó, pero no libidinizó afectivamente para la vida, cuidó sin una verdadera conexión que favoreciera el desarrollo subjetivo del hijo. A este respecto, Beatriz Rodríguez (2010) ofrece la siguiente descripción:

Para ella he acuñado la expresión de madre en piloto automático, pues se trata de una madre que alimenta, abriga e higieniza al bebé, tal como-efecto- podría hacerlo una máquina: cumple con sus funciones mecánicamente, pero sin una verdadera conexión con el bebé, la falta de experiencia de contacto, impedirán la libidinización de un cuerpo cuyo “interior” es ignorado por la madre. (p. 43)

Estas ráfagas de locura familiar pueden desencadenarse también tras situaciones traumáticas o cambios significativos, como duelos, mudanzas, diagnósticos de enfermedades terminales en algún miembro, pérdidas económicas importantes.

El efecto de estas fallas entorpece la instalación del mecanismo de represión secundaria, estructurante que pone orden y organiza el aparato psíquico del niño, y por lo tanto en muchos casos provoca la ruptura de la “diferencia generacional”, que desdibuja la figura de autoridad y genera, en consecuencia, un funcionamiento anárquico (la ley del todo es posible). En este contexto, se tratan todos como pares, de igual a igual, emergen disruptivamente impulsos agresivos y, a veces, sexuales con cierto tinte incestuoso y se rompen las barreras del pudor a través de conductas exhibicionistas. El clima familiar se torna tenso y deriva rápidamente en un “campo de batalla” regido por la tríada maníaca que describió Melanie Klein (en Segal, 2003): control, triunfo y desprecio.

Después de estos estallidos, en algunos casos, aparece el mecanismo de negación y renegación de lo ocurrido, lo que favorece la emergencia de fenómenos psicosomáticos o la manifestación de conductas psicóticas y perversas en algunos de los miembros.

Ello no es sin costo, el superyó hace lo suyo, ya que impulsa a cada sujeto a un goce tanático que se traduce en *acting out*, pasajes al acto y conductas autodestructivas: adicciones, robos, promiscuidad, tendencia a los accidentes, fijación en un goce autoerótico que produce inhibiciones, paralización y compulsión a fracasar en el estudio, el trabajo y/o las elecciones de pareja.

Los ejemplos son diversos. Recuerdo una familia con un funcionamiento superyoico y moral muy rígido, que consulta por la violencia que se generaba entre ellos y coincide (sin ser la única causa) en que una de las hijas manifiesta abiertamente su lesbianismo. Otro caso remite a una familia con un padre en posición de Amo exigente y patriarcal, que ve profundamente alterada su dinámica cuando se revela su doble moral por la aparición de hijos extramatrimoniales.

También surgen estas ráfagas cuando se develan secretos familiares – adopciones ilegales, suicidios, homicidios, estafas intrafamiliares– o cuando los hijos descubren algo del orden de lo “obsceno” en la sexualidad de sus padres (por ejemplo, prácticas de intercambio de parejas). En estos casos, el ocultamiento y la mentira erosionan la autoridad.

Cuando estas familias consultan, actualizan en el dispositivo analítico su funcionamiento enloquecedor, a veces con rasgos paranoides o perversoides, buscando hacer alianzas y dificultando las intervenciones del analista, pues no se escuchan entre ellos y tampoco al profesional. También, suelen generar rupturas de encuadre: cambios de horarios, ausencias, dificultades para abonar los honorarios.

Cabría preguntarnos: ¿qué tipo de deuda se pone en juego en esos momentos de locura familiar? Cuando no hay espacio para procesar las diferencias desde el proceso secundario y se pasa a la acción violenta, si los episodios son breves y poco frecuentes, podría tratarse de una deuda relativa, que daría cuenta de cierta inestabilidad en alguno/s de los miembros que reclama/n una ley que ordene lo caótico y confuso.

Anivel transferencial, estas familias demandan inconscientemente la restauración de la función paterna, que posibilite acotar el goce y reprimir los impulsos desbordados que atacan el pensamiento y la posibilidad de escucha. De allí la importancia de sostener y hacer respetar un encuadre claro y firme, pero no

rígido. Al tratarse de familias neuróticas, el establecimiento de la transferencia habilita cierta capacidad de espera, de reflexión y de autocuestionamiento, reduciendo la tensión imaginaria que promueve desconfianza y descalificación. Nuestra apuesta analítica consiste en sostener el encuadre con flexibilidad relativa y fortalecer la transferencia mediante la escucha.

En síntesis, la terapia familiar desde un abordaje psicoanalítico es un dispositivo válido y necesario en muchos casos, aunque desafiante y siempre incierto, sostenido sesión a sesión. Por eso, el analista debe contar con una sólida formación, someterse a su propio análisis y supervisar sus casos; en definitiva, ha de sostener el trípode freudiano.

Asimismo, es necesario que los miembros de la familia tengan sus propios espacios individuales de análisis o terapias, dado que todo dispositivo tiene sus límites y la terapia vincular no es la excepción. Si cada integrante asume una posición responsable y ética respecto de lo que surge como producto de cada sesión, puede construir un saber –que no es mera información– que nutra y enriquezca el trabajo terapéutico tanto individual como vincular.

A lo largo de este capítulo, se han integrado diversas perspectivas que permiten comprender la complejidad de la dinámica familiar desde el psicoanálisis, prestando especial atención a la transmisión intergeneracional de significados, la función simbólica de los vínculos y las manifestaciones que pueden alterar su equilibrio. Las conceptualizaciones abordadas (como la estructura familiar inconsciente, el papel del mito y la noción de deuda, el fenómeno de la “ráfaga transitoria de locura familiar”) ofrecen herramientas para el análisis clínico y para la intervención terapéutica. Es un recorrido que invita a seguir explorando las formas diversas en que los sujetos habitan, transforman y son transformados por el entramado familiar, siempre desde la singularidad que cada historia porta.

Comentarios finales

A lo largo de este libro hemos recorrido los rasgos perversos en las neurosis (diferenciándolos de la estructura perversa y mostrando cómo se enlazan con el fantasma), las formas clásicas de la neurosis –histórica, obsesiva y fóbica– y sus manifestaciones actuales, las diferentes aristas de los vínculos de pareja y familiares, desde el amor en Platón hasta fenómenos clínicos contemporáneos (como la claustrofobia vincular, los estragos familiares), considerando transformaciones históricas, deudas, mitos y el fenómeno de la locura familiar en su modalidad de “ráfaga transitoria”. Como cierre, me interesa destacar algunos puntos que considero esenciales.

En primer lugar, lo avuncular en tanto representante del narcisismo familiar, que encierra al sujeto en la endogamia o le posibilita la exogamia, puede presentarse tanto del lado de la familia materna como paterna, y su función resulta decisiva en la transmisión y en la organización del entramado simbólico. Esto lo observamos cuando los hijos prefieren a una familia de origen por sobre la otra.

En cuanto al sujeto deseante, sostengo que se trata de una “posición” que excede la anatomía genital. Se configura cuando el sujeto se siente conmovido por aquello que le falta y que busca en diversos señuelos que se pueden disparar en el área laboral, intelectual, artística, deportiva, pero sobre todo en el plano afectivo. Se trata de aquel que puede soportar la ajeneidad del otro –como partenaire subjetivado, diferenciado, no cosificado– y tolerar el costo narcisista que implica sostener un lazo con alguien que nunca se termina de conocer.

En esta apuesta, inevitablemente preñada de incertidumbres, la pareja transita caídas y recuperos, avatares que se complejizan aún más al conformar una familia. Allí, cada padre y cada madre, en su función, son únicos para cada

hijo o hija, implicando siempre el deseo, la pulsión, el momento de nacimiento del hijo/a y el mito familiar que los precede.

En este marco, nuestra praxis analítica se muestra siempre más o menos “impura”. Como lo expresó Lacan (1960-1961/1977, Sem. 8): “Cuanto más analizado esté el analista, más posible será que esté francamente enamorado, o francamente en estado de aversión (...) respecto de su partenaire” (p. 214).

En el mismo *Seminario 8, La Transferencia*, señala:

Si el analista realiza algo así como la imagen popular, o también la imagen deontológica, de la apatía, es en la medida que está poseído por un deseo más fuerte que aquellos deseos de los que pudiera tratarse, a saber, el de ir al grano con su paciente, tomarlo en sus brazos o tirarlo por la ventana (p. 214).

En consecuencia, lejos de la apatía idealizada, el analista ha de mostrar una actitud indiferente, casi inmovible, para mantener a raya cualquier vestigio de su subjetividad. Este ideal no siempre es fácil de sostener.

Diana Rabinovich (1999) menciona que, en Lacan, el lugar del analista es ofrecer un espacio vacío, libre de ideales, prejuicios y de su propio deseo como sujeto del inconsciente. Así, ese lugar vacante podría alojar algo del deseo del paciente en tanto deseo como objeto, deseo del Gran Otro histórico e inolvidable del paciente en cuanto analizante, donde reside el objeto “a” que causa el deseo y satisface parcialmente la pulsión.

Asimismo, la autora sostiene que el analista debe ubicarse en términos de “nesciencia”, que es falta de ciencia, ausencia de saber. En otras palabras, esta “docta ignorancia” socrática (“Solo sé que no se nada”) habilitará la emergencia del deseo del analizante.

Señala, además, que el deseo del analista se funda sobre un duelo asociado a la operación de la privación (que es una falta en lo real), en tanto debe aceptar que en el campo del deseo del Otro todos los objetos son incommensurables; a diferencia del falo, carecen de una común medida.

Ya Lacan advertía que el analista, por un lado, debe jugar la “posición de muerto”, como en una partida de bridge, sin memoria y sin deseo. Por el otro, que “ha de tener en cuenta, en su información y en su maniobra, los sentimientos, no que él inspira, sino que experimenta en el análisis, es decir, lo que se llama contratransferencia” (Sem. 8, p. 217).

Ahora bien, atender a la contratransferencia no significa trabajar desde ella con el paciente, porque interfiere en la escucha y porque ésta, generalmente, resuena con los puntos ciegos del analista, que debe abordar en su propio análisis y en los controles.

Escuchamos al paciente desde nuestra subjetividad, no somos una “tabula rasa” impoluta, una pizarra en blanco (concepto trabajado por John Locke, 1690/2005); nacemos con marcas, con huellas significantes que nos preexisten en nuestra cultura, con tintes de una época y en una familia con una historia particular.

El análisis personal nos permite revisar nuestro mito individual y acercarnos a conocer algo de nuestro posicionamiento fantasmático y de nuestro goce, aun sabiendo que hay un real que no cesa de no inscribirse. El dispositivo de nuestro análisis muestra que nos desnudamos como sujetos del inconsciente, implicándonos en una experiencia de soledad, donde aparecemos impregnados de interrogantes que carecen de respuestas acabadas. No obstante, somos empujados por el deseo de saber, que lejos está de la acumulación de conocimientos, que se ve motorizado por la transferencia en otro, que ocupa el lugar de Gran Otro, en quien depositamos un significante particular y distintivo: Sujeto Supuesto Saber.

Estas experiencias analíticas, junto con la formación teórica y las supervisiones o controles, nos permiten el intento de sostener, con las menos impurezas posibles, la atrevida aventura de escuchar el sufrimiento de otro.

De allí que nuestra formación no se puede limitar a la lectura de Freud, Lacan, Klein u otros grandes maestros, sino que requiere experiencias clínicas, que nos habiliten posibles articulaciones con la apertura a la novedad y a la invención. Solo así podremos evitar nuestra caída en el dogma de fe de la

iglesia psicoanalítica, donde muchos feligreses, a veces un tanto “infatuados”, repiten –a modo de jaculatoria– conceptos que no entienden.

Como bien lo advirtió Freud (1937/1986, Vol. XXIII), educar, gobernar y psicoanalizar son tres *tareas imposibles*, siempre sin garantías. Sin embargo, es justamente en esa falta de garantías donde se juega la potencia del psicoanálisis como práctica viva, abierta al deseo, a la invención y a la escucha del otro.

¡Los invito a seguir pensando!

Bibliografía

- Amigo, S. (2019). Clínica de los fracasos del fantasma. Buenos Aires: Cascada de Letras.
- Aristizábal, O., Mejía, E., y Muñiz, O. (1990). Fantasma y rasgos perversos. En Rasgos de perversión en las estructuras clínicas (pp. 93-94). Buenos Aires: Manantial Ediciones.
- Berenstein, I. (1976). Familia y enfermedad mental. Buenos Aires: Paidós.
- Berenstein, I., Kasitzky de Bianchi, G., Gomel, S. K. D., Matus, S., Gutman, J., Gaspari, R. C., y Rojas, M. C. (1996). Familia e inconsciente. Buenos Aires: Paidós.
- Bleichmar, S. (2014). Las teorías sexuales en psicoanálisis. Qué permanece de ellas en la práctica actual. Buenos Aires: Paidós.
- Braunstein, N. (2006). El goce. Un concepto lacaniano (2ª ed.). Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Brousse, M-E. (1988). ¿La fórmula del fantasma? En G. Miller (Dir.), Presentación de Lacan (pp. 93-107). Buenos Aires: Manantial Ediciones.
- Conocente, M., y González, R. (2007). Demanda de amor, metáfora paterna, significación fálica y toxicomanías. En M. Conocente, y M. Kameniecki (Comps.), Adicciones. Desde el fantasma del flagelo a la dimensión de la pregunta. Perspectivas y abordajes en instituciones públicas argentinas (pp. 41-42). Buenos Aires: Letra Viva.
- Deleuze, G. (1969). Sacher Masoch & Sade. La Venus de las pieles. Córdoba: Editorial Universitaria de Córdoba.
- Donghi, A., y Vázquez, L. (Comps.) (2000). Adicciones. Una clínica de la

cultura y su malestar. Buenos Aires: JVE Ediciones.

Foucault, M. (1975/2006). *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.

Freud, S. (1986). *Obras completas* (2a ed.). Buenos Aires: Amorrortu Editores.

——— (1897). Carta 79. Volumen I.

——— (1895/1950). *Proyecto de Psicología*. Volumen I.

——— (1900-1901). *La interpretación de los sueños* (segunda parte). Volumen V.

——— (1905). *Tres ensayos sobre teoría sexual*. Volumen VII.

——— (1905). *Análisis fragmentario de una histeria* (caso Dora). Volumen VII.

——— (1908). *Las fantasías histéricas y su relación con la bisexualidad*. Volumen IX.

——— (1909). *Análisis de la fobia de un niño de cinco años* (caso del pequeño Hans o caso Juanito). Volumen X.

——— (1909). *A propósito de un caso de neurosis obsesiva* (caso del “Hombre de las Ratas”). Volumen X.

——— (1914). *Introducción al narcisismo*. Volumen XIV.

——— (1915). *Pulsiones y destinos de pulsión*. Volumen XIV.

——— (1919). *Pegan a un niño. Contribución al conocimiento de la génesis de las perversiones sexuales*. Volumen XVII.

——— (1920). *Más allá del principio del placer*. Volumen XVIII.

——— (1925-1926). *Inhibición, síntoma y angustia*. Volumen XX.

——— (1929/1930). *El malestar en la cultura*. Volumen XXI.

——— (1932). *Conferencia 33. La feminidad*. Volumen XXII.

——— (1937). *Análisis terminable e interminable*. Volumen XXIII.

Gaspari, R., y Gutman, J. (1987). *Alianza matrimonial y la deuda con el origen. Psicoanálisis de las configuraciones vinculares: revista de la Asociación Argentina de Psicología y Psicoterapia de Grupo*, 10(2-

3), 109-122.

Genet, J. (1949). *Journal du voleur*. Paris: Gallimard.

Gerez Ambertín, M. (1999). *Imperativos del Superyó*. Buenos Aires: Lugar Editorial.

González R. (2009). *De las familias a la pareja [Ponencia]. Séptimas Jornadas Anuales de Investigación de la Universidad del Aconcagua, Mendoza, Argentina.*

González, R. (2018). *Avatares del sujeto en el proceso de devenir varón y padre [Tesis de Doctorado en Psicología inédita]. Universidad del Aconcagua, Argentina.*

González, R. (2022). *El desafío de ser varón y padre en la actualidad. Mendoza: Universidad del Aconcagua.*

Kierkegaard, S. (1843/2009). *La repetición, un ensayo de psicología experimental*. Madrid: Alianza.

Klein, M. (1932/2012). *Efectos de las situaciones tempranas de ansiedad sobre el desarrollo sexual de las niñas. En El Psicoanálisis de niños (2ª reimp., pp. 206-248). Ciudad de México: Paidós.*

Kreimer, R. (2005). *Falacias del amor*. Buenos Aires: Paidós.

Lacan, J. (1953/2009). *Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis. En Escritos 1 (3ª ed. rev. y corr., pp. 231-310). México: Siglo XXI Editores.*

——— (1956-1957/2008). *Seminario 4: La Relación de Objeto (7ª reimp.)* Buenos Aires: Paidós.

——— (1958-1959/2015). *Seminario 6: El Deseo y su interpretación (2ª reimp.)* Buenos Aires: Paidós.

——— (1960-1961/1977). *Seminario 8: La Transferencia*. Buenos Aires: Paidós.

——— (1962/2007). *Seminario 10: La Angustia*. Buenos Aires: Paidós.

——— (1964/1987). *Seminario 11: Los Cuatro Conceptos Fundamentales*

- del Psicoanálisis. Buenos Aires: Paidós.
- (1966/2009). *Escritos 2* (3ª ed. rev. y corr.). Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- (1966-1967/2023). *Seminario 14: La Lógica del Fantasma*. Buenos Aires: Paidós.
- (1969-1970/2008). *Del mito a la estructura*. En J. Lacan, *Seminario 17: El Reverso del Psicoanálisis* (2ª reimp., pp. 125-140). Buenos Aires: Paidós.
- (1971/2009). *Seminario 18: De un discurso que no fuera del semblante*. Buenos Aires: Paidós.
- (1970/1977). *Radiofonía y Televisión*. Barcelona: Anagrama.
- (1975/2006). *Seminario 23: El Sinthome*. Buenos Aires: Paidós.
- Leclaire, S. (1984). *El obsesivo y su deseo*. En J. D. Nasio (Comp.), *Acto psicoanalítico: teoría y clínica* (pp. 159-181). Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión.
- Lévi-Strauss, C. (1974/1995). *Antropología estructural* (2ª reimp.). Barcelona: Paidós.
- Leguil, F. (1990). *Tres conferencias: Rasgos de perversión*. En *Fundación del Campo Freudiano en la Argentina, Escansión Nueva Serie 2: Perversión y vida amorosa* (pp. 134-139). Buenos Aires: Manantial Ediciones.
- Locke, J. (1690/2005). *Ensayo sobre el entendimiento humano* (2ª reimp. de la 2ª ed.). México: Fondo de Cultura Económica.
- Miller, G. (Dir.) (1988). *Presentación de Lacan*. Buenos Aires: Manantial Ediciones.
- Miller, J.-A., y Rabinovich, D. (1984). *Dos dimensiones clínicas: síntoma y fantasma*. Buenos Aires: Manantial Ediciones.
- Muñoz, P. (2020). *Las locuras según Lacan. Consecuencias clínicas, éticas y psicopatológicas*. Buenos Aires: Letra Viva.

- OpenAI. (2025). ChatGPT (GPT-4) [Modelo de lenguaje grande]. <https://chat-gpt.com>
- OpenAI. (2025). *Perplexity* [Modelo GPT-3.5, combinado con un modelo de lenguaje grande]. <https://www.perplexity.ai>
- Organización Mundial de la Salud. (1976). Índices estadísticos de la salud de la familia (Informe técnico Núm. 587). Ginebra: OMS. https://iris.who.int/bitstream/handle/10665/40938/WHO_TRS_587_spa.pdf?sequence=1
- Perrier, F. (1984). Estructura histórica y diálogo analítico. En J. D. Nasio (Comp.), *Acto psicoanalítico: teoría y clínica* (pp. 159-178). Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión.
- Platón (1983). *El Banquete – Fedón – Fedro*. Barcelona: Ediciones Orbis.
- Pommier, G. (1985). *El orden sexual*. Buenos Aires: Amorrurtu Editores.
- Pommier, G. (2015). ¿Qué quiere decir hacer el amor? Buenos Aires: Paidós.
- Puget, J. (1987). *Parámetros definitorios de la pareja matrimonial* [Apuntes de cátedra inéditos].
- Puget, J., y Berenstein, I. (1989). Pareja matrimonial, definición, semejanzas y diferencias con otros tipos de relaciones diádicas. En *Psicoanálisis de la pareja matrimonial*. Buenos Aires: Paidós.
- Rabinovich, D. (1995). *Lectura de la Significación del Falo*. Buenos Aires. Manantial Ediciones.
- Rabinovich, D. (1999). *El deseo del psicoanalista. Libertad y determinación en psicoanálisis*. Buenos Aires: Manantial Ediciones.
- Real Academia Española. (2014). *Diccionario de la lengua española* (23ª ed.). Madrid: Autor.
- Rodríguez, B. (2010). *Desde la clínica*. Buenos Aires: Universidad de la Marina Mercante.
- Rodríguez, B., y Gaccetta, G. (2015). *Avatares de la clínica*. Buenos Aires: Universidad de la Marina Mercante.

- Rodríguez, B., y Weisse, C. (2020). *El malestar en el futuro. Diálogos*. Buenos Aires: Topía Editorial.
- Schneider, M. (2003). *Genealogía de lo masculino*. Buenos Aires: Paidós.
- Segal, H. (2003). *Introducción a la obra de Melanie Klein* (16ª reimp.). Buenos Aires: Paidós.
- Tendlarz, S. (1994). Paradoja de la felicidad. En E. Sinatra, D. Sillitti, y M. Tarrab (Comps.), *Sujeto, goce y modernidad. Fundamentos de la clínica II* (pp. 75-78). Buenos Aires: Atuel.
- Verhaeghe P. (2005). *El amor en tiempos de la soledad. Tres ensayos sobre el deseo y la pulsión*. Buenos Aires: Paidós.
- Yafar, R. (2002, 27 de agosto). Interrelaciones entre las fobias y la perversión. Conferencia Hospital de emergencias Dr. Torcuato de Alvear. En *PsicoMundo Argentina*. <https://www.psicomundo.com/argentina/alvear2002/yafar.htm>



Partiendo de la clínica, un recorrido sin garantías



Este libro del Dr. Roberto González surge de una extensa práctica clínica atravesada por la enseñanza del psicoanálisis. A través del entrelazamiento entre teoría y experiencia, el autor aborda temas esenciales de la subjetividad contemporánea, como los enigmas del deseo, los rasgos perversos en las neurosis, las diversas manifestaciones clínicas de la histeria, la obsesión, la fobia, así como las paradojas del amor, la vida en pareja y las transformaciones de las configuraciones familiares en el mundo actual. Lejos de ofrecer respuestas definitivas, la obra busca mantener viva la interrogación clínica con preguntas como: ¿cómo diagnosticar hoy los rasgos perversos en la neurosis?, ¿qué revelan los vínculos afectivos sobre el malestar en la cultura?, ¿de qué manera se reconfiguran los mitos, deudas y lazos familiares en nuestra época? Con un estilo claro y accesible, el libro invita a psicoanalistas, psicólogos y lectores interesados a repensar la clínica desde cada singularidad.



UNIVERSIDAD DEL
ACONCAGUA

ISBN 978-987-4971-91-3

